

Leandro Perdomo



dibujos de Julio Viera



Leandro

Perdomo

## MINI-PRÓLOGO

*Toda persona, indudablemente, tiene su personalidad. Por eso, no es necesaria ninguna influencia ni sugestión. El lector no ignora la poderosa proclamación de la publicidad; pero esta vez no hace falta para admirar al autor y entusiasmar la obra.*

*Y como cada uno tiene diferentes juicios, el parecer mío respecto al presente libro, aparte de mi sentimiento fraternal hacia Leandro Perdomo, es simplemente concreto: esta obra es interesante. Interesante e importante. Y se tendrá muy en cuenta en un cercano futuro, como un «fenómeno» literario, documental y artístico, por su profundo sentir particularísimo, fuertemente original.*

*Las grandes experiencias de profundizar varios años en las entrañas de las minas de carbón belgas, interesarse por el prójimo, fundar y dirigir un periódico en Bruselas, los continuos viajes..., han sido el motivo que cuaja la esencia del libro Nosotros, los emigrantes, con un expresivo lenguaje y el peculiar estilo de Leandro Perdomo.*

*Estas «narraciones» son auténticas vivencias captadas a través de un diáfano prisma sentimental. Hay bastante amor en ellas. En todas palpita una cálida inquietud vibrantemente humana.*

*Leandro Perdomo ha sabido plasmar, contrastadamente, lo realista con lo patético; lo humorista, irónico y satírico, con lo sentencioso. Lo pesimista y dramático se tornan en comedia de la vida.*

*No hay nada de fantasía ni misterio. La obra es una realidad alegre y amarga, con un lirismo poético de las circunstancias del mundo de la emigración.*

*Cada capítulo de este libro es un trozo biográfico de personas, personajes y personajillos. Seres que reviven con ansias de eternidad, inmortalizados por Leandro Perdomo, este canario volcánico que ha regresado a su isla de Lanzarote y ha encendido sus pensamientos aquí, en estas páginas de alas para que la imaginación del lector tome vuelo simbólico.*

*Con esta confesión literaria, Leandro Perdomo descansa en la paz provisional de su Villa. Ya es un ex-emigrante, una nave que, después de cruzar tantos mares a viento, resaca y brisa, ha anclado lejos de los puertos para no recibir nuevas sensaciones y sugerencias de partidas a nuevos horizontes ignotos.*

*El lector es el único que puede descifrar estas emociones sinceras del escritor sin premios caprichosos que es Leandro Perdomo.*

JULIO VIERA

Al poeta y  
escritor Manuel  
Hernández. Con mi  
mejor afecto

José María Viera

Las Palmas 8 - Septiembre 70

LEANDRO PERDOMO



**NOSOTROS,**  
LOS  
**EMIGRANTES**  
(NARRACIONES)

DIBUJOS DE JULIO VIERA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Nº Expediente..... 371970
Nº Copia..... 371985

**LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**

**1970**

Depósito Legal G. C., 37-1970

---

Imprenta Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17  
Las Palmas de Gran Canaria

## PROLOGO

*Nace Leandro Perdomo Spínola en Arrecife de Lanzarote el 8 de mayo de 1921. Permanece en su isla natal, donde hace los estudios de Bachillerato, hasta cumplir los 22 años de edad. Con profesores interinos y maestros de escuela habilitados, este Bachillerato de Leandro Perdomo, igual que el de otros jóvenes isleños «ansiosos de saber», tenía que ser forzosamente bastante «precario». Pero él se dedica a la lectura y a frecuentar reuniones más o menos intelectuales y de esta manera su formación humanística y su vocación por las bellas letras se va perfilando.*

*Al cumplir el servicio militar su inquietud y su afición a escribir lo llevan al «atrevimiento», allá en aquella época calamitosa de la postguerra de fundar un semanario, que dirige durante dos años editándolo primero en Lanzarote y después en Gran Canaria.*

*Al morir «su» periódico, cuyos motivos de muerte no viene a cuento explicar pero que resaltan en el pasaje del romancero canario que él siempre citaba cuando alguien abordaba el tema (Mucha carga en flaca bestia dicen los guirres es nuestra, porque tiene que morir). Leandro tiene que hacer de todo para bien de subsistir, para ganarse la vida. Trabaja en los muelles, carga sacos, arranca piedras, ejerce de comisionista, de agente de seguros, de vendedor ambulante... Así pasa doce años en lucha a brazo partido para mantenerse a sí mismo y mantener a los suyos, no perdiendo nunca*

su vocación a las letras y publicando dos pequeños libros, uno de cuentos en 1953 y otro en 1955 titulado *El Puerto de la Luz, recopilación de crónicas y narraciones publicadas en la prensa local*.

En 1957, Leandro Perdomo desaparece de las islas. Se había ido, como él mismo diría años después, voluntario «al otro infierno»: a trabajar en las minas de carbón belgas.

A los tres años de «infernical existencia», Leandro Perdomo se enferma y es declarado «inútil para los trabajos de fondo en las minas», por lo que se le autoriza a realizar trabajos «al aire libre». Es cuando lo vemos de peón en fábricas y «santieres», cuando el que esto escribe, emigrante como él, tuvo ocasión de conocerlo.

Cumplidos los cinco años de residencia en Bélgica, Leandro Perdomo vuelve al «atreimiento» de fundar un periódico. Y en abril de 1963 nace *Volcán*, que mantiene y dirige durante más de cinco años frente a todos los avatares y las más dispares circunstancias.

Agotado y enfermo, en agosto de 1968, Leandro Perdomo se va a Canarias en busca de unos meses de reposo. Pero su estancia en las islas se prolonga. No vuelve a Bruselas. Y cuando ya creíamos que su quehacer literario se había paralizado, hoy nos sorprende con estas narraciones sobre el palpitante y sugestivo tema de la emigración.

*Hasta aquí el hombre. Hablemos ahora un poco del libro.*

Lleno de situaciones paradójicas, creo que no sabré encasillarlo. Ni es un libro de cuentos cortos, ni es una sucesión ordenada de narraciones. La pirueta de Leandro Perdomo escapa a toda definición y no se ajusta a ningún género literario inventado. Pero la prosa del

*autor es ágil y su poder penetrante nos evita esos análisis que tanto molestan a nuestro intelecto meridional. Los personajes que corretean fugaces por estas páginas dan la sensación de ser hombres extraviados que han provocado su pérdida para así poder «encontrarse». En este caso, como en tantos de la literatura, los personajes creados por Leandro Perdomo se independizan tan pronto como son concebidos y en ciertos pasajes se les escapan totalmente de las manos antes de que les haya acabado de dar forma concreta. Al leer estas bellas páginas —¿por qué no emplear este adjetivo?—, notamos que el libro se ha compuesto con demasiada rapidez. Perdomo no se detiene en su urgencia y desaprovecha «momentos» que podían haber sido más explorados. Parece ser que tiene miedo a detenerse... El, y los seres que «recrea», son así: urgentes, discontinuos. Pero es éste un vicio secular entre todos los que componemos la pintoresca familia ibera.*

*Al pedirme mi amigo que levantara yo el telón de su libro he procurado no caer en ese paternalismo bobalicón que tanto se lleva en este país, donde media España ofrece incienso a la otra media. Cualquiera que tenga la paciencia necesaria para seguir los programas de nuestra próspera televisión nacional se dará cuenta de que estamos rodeados de prohombres que se reparten condecoraciones y premios con un descoco impresionante.*

*Leandro Perdomo nos ofrece en esta ocasión una especie de libro de aventuras dirigido especialmente a esa legión de españoles que bregan por esos mundos de Dios. Las situaciones del emigrante y su intento por adaptarse a un medio tan distinto y en ocasiones hostil son tan reales que, sin lugar a dudas, constituyen los mayores logros que el autor consigue. Es una lástima que*



sobre diseños verdaderamente excepcionales construya, en algunas páginas, dibujos poco cromáticos.

El libro que ahora nos ofrece Leandro Perdomo es libro escrito con sana intención y consigue ampliamente lo que el autor pretende: ayudarnos a comprender la problemática de esos hermanos nuestros desorientados por barrios y suburbios de las grandes capitales europeas. Podemos decir sin ningún titubeo que Perdomo ha sabido fotografiar en su conjunto esta panorámica del emigrante desplazado.

Me reconforta pensar que este libro será el camino que lleve a su autor a algo más definitivo. Los que hemos seguido desde cerca su obra, esperamos de él partos más redondos. En literatura, como en la vida, no se puede correr el riesgo de la urgencia, y Leandro Perdomo se ha precipitado hacia una composición poco instrumentada. El carácter de «urgencia» preside todas las páginas de estos relatos, y aunque el libro gana con esto cierta movilidad, no hay duda que por la misma razón se presentan algunas sombras que le restan grandiosidad a la obra.

No sé si lo que acabo de escribir es un prólogo o es una crítica un tanto desproporcionada. La amistad que me une al autor me impide ser completamente objetivo y el esfuerzo que he tenido que hacer para no llegar a la adulación quizás me haya obligado a caer en la vertiente opuesta. Pero no importa. Que el libro corra de mano en mano con la rapidez que el autor ha imprimido a su vida. Que corra por calles y plazas con el mismo ímpetu andariego de este hombre de letras que es Leandro Perdomo, un tanto bohemio, un tanto contemplativo y un tanto también hombre de acción.

PEDRO SANTONJA



a  
Leandro Perdomo,  
con  
sincera  
admiración

Julio Herrera

## JUSTIFICACION

En este librito quiero dar a la estampa algunos relatos entresacados de la «trama» de la emigración. Los personajes que presento, aunque con otro nombre, o apodo, vivieron, son auténticos, son seres humanos de carne y hueso a los que traté durante los años vividos en Bélgica. Con algunos de ellos llegué incluso a tener relaciones estrechas de amistad. A otros, sin embargo, confieso que sólo he conocido superficialmente, de pasada, pero esto no quita para que la «peripecia» sea asimismo verídica y mis relatos se sustenten en la humana realidad.

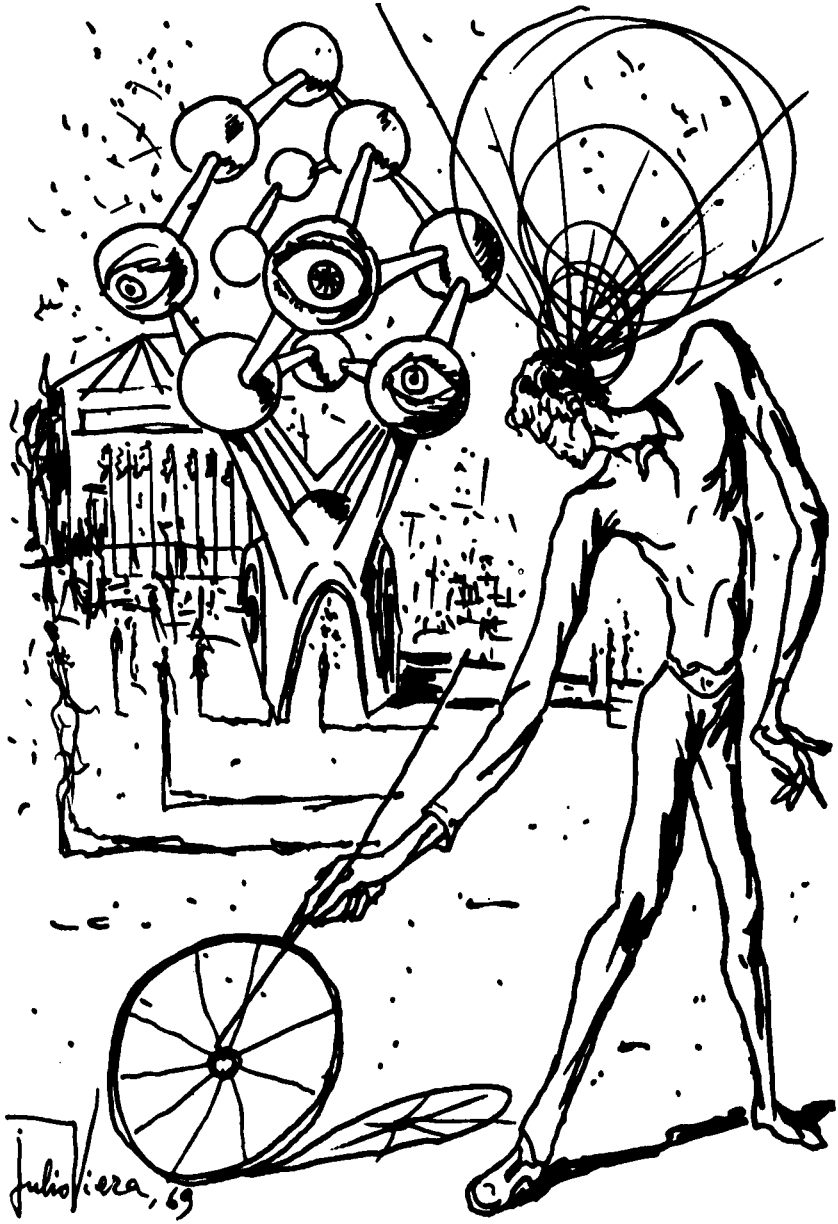
Como la memoria es a veces falible y algunos de los casos que pretendo narrar sucedieron hace años, es muy posible el fallo o tergiversación de los hechos, por lo que si algún lector fue testigo de los mismos, debe buenamente excusarme. Puede también suceder que en algunos momentos la imaginación se me transporte y ciertos pasajes aparezcan exagerados. En este caso pido asimismo se me excuse. Yo escribo de buena fe, condición ésta tan importante en todo cronista serio, comentarista o narrador, y esto lo salva todo.

Espero de los lectores que sepan tenerlo en cuenta y no condenen demasiado los posibles errores o fallos.

L. P.

***A Antonio Izquierdo, más que artista,  
Mecenas de artistas, de poetas desgraciados,  
de músicos sin partituras ni instrumento,  
de pintores malditos...***

**L. P.**



## **EL POBRE TALAVERA**

Fue en el año 1958. Mediaba agosto y Bélgica entera ardía en festiva euforia recibiendo un río incesante de gentes de todos los países que llegaban ansiosos de conocer el Atómium y todo lo que alrededor de las enormes bolas de acero se alzaba como símbolo y expresión de lo mejor y más bueno que cada nación había construido, había creado.

Si alegres fueron estas fechas para los belgas y para los millones de turistas de todas las nacionalidades, alegres lo fueron también para los miles de emigrantes que en los diversos pabellones encontraron un trabajo fácil y bien remunerado. Grande fue la cantidad de obreros extranjeros que vieron la posibilidad de redimirse temporalmente del rudo trabajo de las minas y las fundiciones. Entre estos extranjeros, muchos españoles. Y sin duda, entre los españoles necesitados en verdad de la evasión del infernal pozo carbonífero, ninguno como el pobre Talavera.

Conocí a Talavera limpiando cristales en la gran mole toda «vidrio y transparencias» del pabellón español.

Era Talavera un tipo raro, extraño en su comportamiento y extraño también en su configuración corporal, con un hombro más caído que el otro y una cabeza completamente desproporcionada al cuerpo. La enor-

me cabeza de Talavera debía pesarle mucho sobre el mustio hombro doblegado.

—Este hombro lo tengo escachado —me dijo un día—, se me escachó en la honda noche minera bajo el peso de la blasfemia...

Cuando se acabó la exposición y con ella la «ganga» de muchos, Talavera, al contrario de otros, no había ahorrado nada; se había gastado los dineros por las noches en la «Jambe de Bois», la célebre «Pata de Palo» donde Julio Viera tanto cantó, dibujó y comió spaghetti... Y Talavera tuvo que buscar la forma de no volver más a la mina y como el hombre se resistía a regresar vencido, «escurrido», a su pueblo natal (Talavera de la Reina) donde su madre ya vieja y viuda y sus dos hermanas solteras luchaban con la aguja día y noche por el pan de cada día, Talavera fue empujado a menesteres infrahumanos, vergonzosos para él según él sentía y comprendía la dignidad del hombre...

Por esta época me lo encontré un día paseando de arriba abajo en la Gran Plaza iluminada. Por su caminar a saltos y por el bamboleo de su cabeza hacia la banda del hombro hundido, me di cuenta de que algo le pasaba. Sin responder al saludo me espetó, entre gritos y brincos:

—¡No enjuago más cacharros de cocina ni saco más escupideras de las «chambras»! ¡Se acabó el carbón, aunque me muera en la mina!

—Calma, Talavera... Cálmate, hombre —le dije.

—¡Te lo juro! ¡Te lo juro por Egmont y todos los ahorcados juntos...! ¡Para mí se acabaron las bacinillas y se acabó el carbón!

Hice todo lo posible por calmarle. Yo traté en aquella noche dominguera, bajo el pardo cielo bruselense,

adentrar un poco de paz (orden y paz), en el cerebro enfebrecido de mi amigo. En el banal intento comprobé el lamentable estado de su mente. Fue cuando amaneciendo, después de horas y más horas de paseo y charla, de repente se sentó en las escalinatas enmohecidas de la iglesia del Viejo Mercado y empezó a llorar.

—No tengo remedio —sollozaba—, yo sí que no tengo remedio. Yo estoy perdido. Mi padrino el muerto me aconsejó la emigración pero yo no lo detesto porque fue un padrino improvisado... Me iré con él. Escarbaré muy hondo en su tumba y le llevaré un tarro de esencia de perfume destilado de la flor negra de la mina... Y le lavaré la cabeza... Cada noche le lavaré la cabeza blanca para que no se le escapen las ideas de su cerebro encajonado...

La última vez que vi a Talavera fue a través de la ventanilla de un furgón policial. Los sanitarios habían sido llamados a la pensión donde habitaba y allí lo maniataron.

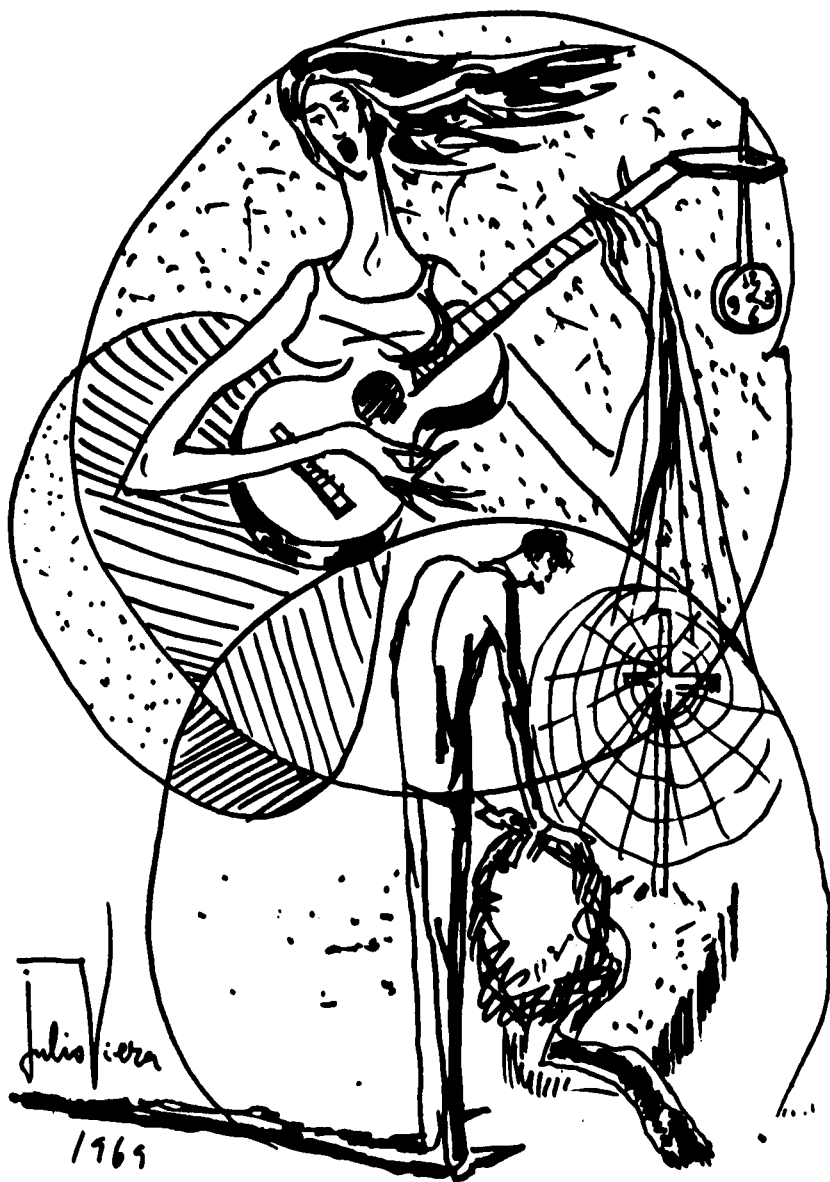
Por el gran bulevar de Midí cruzó el carricoche y yo reconocí la cabeza desgredada de mi amigo que desesperadamente gritaba, gesticulaba, se debatía entre los musculosos brazos de los loqueros. Aún resuenan en mi memoria sus palabras machacadas por el miedo y el espanto:

—¡No dejes que me lleven, compañero! ¡No dejes que me cojan de cobaya! ¡No dejes que dirijan mi cerebro por radio en la distancia!

Hoy, que han pasado los años, yo quisiera saber en qué paró al fin mi amigo Talavera. No sé si murió o está vivo. No sé si lograron curarlo o si continúa encerrado en el manicomio haciendo número entre los múlti-



**ples emigrantes que en Bélgica como en Francia, Alemania, Inglaterra, no resistieron las adversidades que a veces depara la emigración y sucumbieron a la amargura, a la locura, a la chifladura...**



## EL MATRIMONIO DE GALINDA

Pantalón negro planchado impecablemente, blusa azul marino oscuro, zapato dorado en el diminuto pie y en la boca entreabierta, trincado entre los dientes, un fino boquín de nácar. Así apareció Galinda aquella noche de Santa Bárbara.

Al entrar en el bar donde muchos mineros celebrábamos nuestra Patrona, Galinda fue acogida por todos con grandes muestras de alegría. De todos sitios la llamaban, la saludaban, brindaban por su gracia y su bondad. ¡Quién nos iría a decir en aquellos instantes el triste final con que el destino la acechaba!

Fue una noche extraordinaria aquella noche de Santa Bárbara. En Charleroi nos habíamos dado cita unos cuantos amigos que habíamos llegado juntos a Bélgica y que vivíamos en pueblos distintos al ser destinados a distintas minas en nuestra calidad de obreros de fondo. De Jumet, Roux, Gilly, Câtelineau... los domingos muchos españoles se trasladaban a Charleroi buscando un rato de olvido de los negros pozos profundos. Charleroi, el pequeño París enclavado en el «Pays Noir», constituía para nosotros la válvula de escape del recalentado motor del corazón del hombre emigrado, de los mineros... Todos los domingos, desde media tarde, los tranvías recalaban en Charleroi abarrotados de rostros de hombres morenos con el característico aro negro entre pestaña y pestaña. Era la evasión. Era la ilusión de

vivir unas horas lejos del encierro, olvidados de esas prisiones de hierro y rocas profundas del pozo hullero... Y aquella noche de Santa Bárbara la evasión se prolongó hasta la pérdida total del sentido del tiempo. En el bar donde estábamos amanecimos y al alba, cuando Galinda recogió su sombrerito blanco y salió para alcanzar el tren de Bruselas, muchos mineros la acompañaron llorando:

—¡Recítanos por última vez «Canto a la tierra»! —le gritaban.

—¡Vuelve pronto, Galinda, para que nos cantes de nuevo esas canciones que sólo tú sabes cantar con tu voz de fuego!

—¡No te ovides de nosotros, Galinda, vuelve pronto, vente con nosotros!

Galinda volvió muchas veces más a Charleroi a cantarle a los mineros, a bailar con ellos, a recitarles poemas de vida y esperanza, a alentarlos con sus palabras y frases cariñosas...

Hasta que una vez no volvió más. Nunca más. Y Charleroi, desde entonces, perdió su principal encanto para los que veíamos en Galinda a la artista generosa que nunca escatimaba su tiempo y su arte con tal de regocijarnos. Cansada, volvía a cantar a nuestra petición; vencida por el sueño, se incorporaba y al son de «las palmas» danzaba una última vez ante los aplausos de todos...

\* \* \*

Han pasado dos años, y unos cuantos españoles hemos decidido irnos a vivir a la capital, a Bruselas. La empresa minera nos paga el transporte y cada día cogemos el tren que nos conduce al lugar de trabajo. Ahora

nuestras circunstancias son otras. Nos parece que hemos ganado categoría en nuestra «bête» condición de peones del carbón. Vivimos en la capital y esto parece que nos eleva, nos dignifica. ¡Así somos los proletarios a veces, tan inocentes!

Dos amigos y yo vivimos en «chambra» alquilada. El barrio se llama Saint Gilles y en algunas calles mora alguna que otra familia española. Corre el año 60 y todavía Bruselas no ha acogido a la gran masa de emigrantes ibéricos que después abarrotaría todas las «comunidades». Es el comienzo. Se está gestando la incrustación ibérica en el corazón de Flandes.

No voy a describir la vida en Bruselas del emigrante español allá por estas fechas primeras de «la colonización», sus costumbres, su manera de vivir. Todo esto irá reluciendo paulatinamente a través de los relatos que constituyen este volumen. Pero sí diré que desde aquella época ya existía la costumbre, entre los trabajadores extranjeros, de visitar en las mañanas del domingo el viejo Mercado. Este Mercado viejo es una especie de Rastro madrileño, donde se exponen a la venta toda clase de trastos modernos y antiguos y allí, ciudadanos de la más diversa ciudadanía acuden en busca del objeto inverosímil: una espada, un sombrero, un acordeón, una babucha, un candelabro, una Biblia... Allí, vendiendo biblias, candelabros y babuchas ancianas, sentada en un banco de palo de cajón de velas, apareció ella, Galinda. Acurrucada al abrigo de un capote grueso de lana de un militar de los de antes, Galinda se frotaba las manos como queriendo espantar el frío intenso que inundaba la plaza. Con su añiñada sonrisa nos miró y la sonrisa pareció rompérsele en los labios al reconocernos.

—¡Hijos míos! ¡Mis hijos... mis españolitos del alma!

—nos dijo levantándose y abrazándonos uno a uno—. Vamos... vengan para acá que vamos a tomar café calentito...

Tomamos café en uno de los tantos bares bullangueros que entornan la vieja plaza. Cuando entramos, Galinda se dirigió al patrón, un «flamand» grueso y panzudo y le preguntó en un francés que era más español que francés:

—¿No apareció todavía? ¿Sabes si alguien lo ha visto?

El belga panzudo negó con la cabeza y Galinda entonces lo miró extrañamente, con una mueca rara en su rostro demudado.

Galinda después nos contó que no había ido más a Charleroi porque se había casado. Nos dijo que su marido era belga, que ella le ayudaba en su puesto de venta que tenía en el Mercado y que a veces, como en este día ella estaba sólo porque su esposo se dedicaba a otros negocios en provincia.

Nos despedimos de Galinda y seguidamente comentamos la sospecha de que algo oscuro y trágico en su vida la estaba destrozando. En dos años la mujer había cambiado radicalmente. Estaba envejecida, su expresión era otra; el tono de su voz, antes tan armonioso, ahora sonaba desacorde y monótono.

Yo por mi cuenta indagué y no me costó enterarme de que Galinda trabajaba desesperadamente día y noche para alimentar los vicios de un marido depravado. Este le exigía todo y cuando le parecía poco la maltrataba, exigiéndole siempre más. Fue cuando empujado por un sentimiento de solidaridad y ayuda a un compatriota en desgracia busqué a Galinda un día y me le ofrecí en lo que pudiera ayudarla.

—Nada, hijo mío, esto no tiene remedio —dijo—. Es un monstruo. Mi marido es un monstruo pero es mi marido y yo no puedo hacer nada contra él.

—¿No puedes separarte, irte a España?

—¡Nunca! ¡Eso no lo haré nunca! Yo juré ante el cura la unión hasta la muerte, en la felicidad como en la desgracia, y no puedo hacerlo. Yo soy católica de verdad...

Se resistió Galinda a todos mis argumentos. Yo le decía que huyera a donde fuera, pero que no aguantara más aquella vida esclava, que se apartara de aquel hombre del que me habían contado asquerosas acciones, su vida de crápula, su pasado lleno de fango y vicios.

—No puedo —me contestaba ella siempre—. Yo me casé y yo aguantaré, aguantaré...

Pero tú te equivocaste, Galinda. Tu matrimonio fue un error y tienes tus derechos para romperlo. La Iglesia, Dios te lo tendrá en cuenta, te perdonará —le repetía yo en mi afán de salvarla.

—No hay perdón que valga. El sacramento del matrimonio es lo más grandioso que Dios ha impuesto a los humanos. Además es que... a pesar de todo, yo amo a mi marido... porque entre todos los hombres que hay en el mundo ningún otro es mi marido sino él...

\* \* \*

Siguió pasando el tiempo y en Bruselas la colonia española iba creciendo a ritmo acelerado. Eran ya muchas las familias españolas que moraban en la capital y por ciertas calles los bares y establecimientos españoles fueron multiplicándose. Clubs y centros de recreo empezaron a surgir y ya cada emigrante no se sentía tan solo. El ambiente español empezaba a palpase y cada

cual encontraba su esparcimiento favorito, bien hablando de toros, jugando a las cartas o discutiendo de política o fútbol. Por mi parte, yo me entregué por completo al medio español y me fui desligando de alguna costumbre adquirida en mi contacto con la sociedad belga. Me olvidé también de frecuentar los sitios donde solía ver a Galinda y esto hizo que terminara olvidándome por completo de ella y su tragedia.

\* \* \*

—En su cuarto han dejado una nota para usted —me dijo la patrona de la pensión una tarde al regreso del trabajo.

La nota era de Galinda. Lei: «Me estoy muriendo y quiero hablarte antes de que me entierren. Ven a prisa».

Corrí pero no pude hablar con aquella mujer extraordinaria, con aquella santa. Cuando llegué había muerto. En un lecho de un hospital de Amberes yacía. Apenas pude reconocerla, tal era su desfiguración. Pregunté a la enfermera y me dijo que había muerto echando sangre cuajada por la boca. Tisis galopante...

—¿No ha venido ningún familiar? —pregunté.

—No; el marido telefoneó diciendo que son muchas sus ocupaciones y que no vendrá al entierro...

Enterramos a Galinda el mismo día entre el sepulturero y yo. Nos costó poco, pues poco pesaban sus despojos.

Al caer la tierra sobre la caja en el hoyo profundo, yo estoy seguro que oí su voz:

—Menos mal... No es esta tierra mi tierra de España, pero me entierran brazos españoles. Los del belga no cuentan. Es un consuelo... brazos españoles...





## UN MALAVENTURADO

Agapito había salido de Oviedo con la ilusión colgada al alma. Un amigo le había escrito de Bruselas diciéndole que allí encontraría trabajo fácilmente y que allí la vida de los pobres transcurría distinta, más humana, más digna, más alegre sobre todo para los jóvenes que en Asturias como en otras regiones españolas luchaban denodadamente por crearse una posición con sólo el propio personal esfuerzo, sin recomendaciones, sin viles aduloneras.

Adormilado en el tren abarrotado de olores a sudor y otros olores, Agapito pensaba en lo que dejaba atrás, en su vida miserable, en su existencia llena de sacrificios trabajando horas intensas para lograr mantener a aquellos hermanos sin padre y a las dos viejas tías enfermas y achacosas. Recordaba los sufrimientos de su madre, que se fue consumiendo lentamente al quedarse viuda y las miserias y el hambre la habían llevado irremediablemente al cementerio. Como una imagen de pesadilla se le clavaba en la mente el día en que las dos viejas hermanas de su padre vinieron a instalarse en la casa y encerrándose con él en una habitación, le dijeron:

—Tú eres el mayor, Agapito, y con tus quince años eres un hombrecito ya. Para nosotras supone un sacrificio muy grande cuidar a tus pequeños hermanos. Estamos dispuestas a hacerlo porque es nuestra obligación y porque a pesar de nuestra vejez y nuestra soltería somos

**creyentes y piadosas. Pero tú habrás de trabajar para el sustento de tus hermanos y el de nosotras. Es tu deber. Trabajarás sin descanso hasta el deshuese. Trabajarás necesariamente de día y de noche porque nosotras nada tenemos y tu obligación es mantenernos a todos...**

**Según el tren traqueteaba, recordaba Agapito los años y más años de renunciadas, de sacrificios y desesperaciones trabajando en la fábrica de día y de camarero por las noches en un bar. Se daba cuenta ahora de que no había vivido. El era un hombre sin historia. Los días se le habían arrastrado sin vivir, sin tener la menor satisfacción de las tantas de otros jóvenes con libertad que por las tardes iban al cine o a bailar con las muchachas. El no tuvo siquiera tiempo de tener novia, como todos sus jóvenes compañeros de trabajo. Y le hubiese gustado... Cuando camino de la fábrica o en el bar veía una pareja de enamorados cogidos del brazo y también abrazándose, sentía que la sangre se le revolcaba en las venas y por las noches en las mínimas horas de sueño soñaba con la novia inexistente... Y la ilusión le inundaba el alma a Agapito pensando en que si era verdad lo que su amigo de Bruselas le decía, podría él ser como los demás: un hombre que con su trabajo sostiene a su familia y cuenta con unas horas para dedicarlas libremente a amar. El no aspiraba a otra cosa. A su edad no había tenido ocasión de amar, no había tenido tiempo para saber lo que es el amor, el verdadero, el que se establece íntegramente entre el hombre y la mujer... No había para Agapito otra ilusión más grande en el mundo.**

**El tren avanzaba y Agapito seguía pensando, recordando. Así todo el viaje hasta que la máquina retardó la marcha y voces en francés y en castellano anunciaron la entrada en la llana y extensa capital belga.**

Fue a recibirlo a la estación su amigo. Y éste no lo había engañado. A módico precio ya le tenía alquilada una buhardilla con estufa y a los pocos días Agapito quedaba trabajando en un taller de fundiciones.

El trabajo era duro, pero el asturiano no se amilano y pronto sus músculos se adaptaron al esfuerzo. Incluso su viril comportamiento fue reparado por los jefes y al mes siguiente, como «premio al rendimiento», le subieron el jornal.

—Feliz, soy feliz —le decía Agapito a su amigo cuando los sábados se reunían para charlar y tomar unas copas—. Soy feliz como jamás pude soñarlo. Todas las semanas giro a mi familia más que suficiente para que vivan todos bien y después de mis gastos aún me sobran unos duros para si quiero ahorrar...

Y así fueron pasando los meses hasta que sucedió lo inevitable: el enamoramiento de Agapito. Invitado una noche por un compañero de trabajo italiano, en una reunión conoció a una espléndida hija de romanos. Era morena la hermosa romana, con un pelo trenzado y unos ojos adormecidos que en unos cuantos abaniquos de pestaña dejaron al español soñando con todas las «madonnas» antiguas y presentes surgidas de los más inspirados pinceles maestros de la pintura.

\* \* \*

Va nuestro hombre por una avenida llena de árboles de Uccle. Es el atardecer de un jueves ensombrecido, mustio. Pero el corazón de Agapito late ardoroso, alegre con la alegría de un niño en visperas de Reyes porque es «día de salida» de su amada. Ella trabaja de sirvienta en una rica casa señorial y hoy saldrá con él

hasta la medianoche. Pasearán, visitarán algunos lugares más o menos románticos de Bruselas, bailarán...

De pie en la esquina donde otras veces Agapito la esperaba y ella llegaba airosa y risueña, llena de juventud, esta vez el hombre empieza a preocuparse. Más de media hora ha pasado y Marina no aparece, ella siempre tan puntual. Deja pasar otra media hora y al fin, sin saber qué pensar ni sospechar, se decide y encamina sus pasos a la mansión de «los señores». Titubea unos momentos pero su mano al fin se lanza a la puerta y toca. Toca repetidas veces y pasa el tiempo y nadie responde... Aquella noche fue una noche triste para Agapito; no durmió, no comió y fumó mucho.

Al siguiente día fue como siempre Agapito al trabajo y la jornada le pareció interminable. Ni un minuto, ni un segundo se apartó de su mente la imagen de la amada. Al salir echó a correr y no paró hasta la primera cabina telefónica. Precipitadamente marcó el número y una voz inconfundible de varón le contestó impertinente:

—Si usted es el español de nuestra criada haga el favor de no llamar más ni de molestarla más. Marina se fue de viaje con los señores. Olvidela. No piense más en ella. Y no sea bobo...

Agapito quedó anonadado. Era increíble lo que acababa de oír. Notaba como si en el pecho le faltara el resuello y en la garganta un sabor quemante que le subía del estómago lo ahogara, lo estrangulara. Tuvo el impulso de salir corriendo y gritar pero se contuvo. Rumiando la angustia y mil sentimientos extraños vagó por la ciudad como un demente, con rasgos en su rostro desencajado de un babeiaca. Caminó por barrios apartados y por el centro. Caminó sin parar. El alba lo

sorprendió por las inmediaciones de la plaza de Brouckère, y allí se rindió, allí se echó como un jamelgo apaleado.

Pasaron dos guardias, que lo creyeron borracho y lo levantaron. Agapito les dio las gracias y se encaminó de allí al trabajo. Fue una jornada infernal. Pero se sobrepuso y aguantó hasta el toque de sirena. Como pudo arrastró los pies hasta su casa y se tumbó en la cama. Y se durmió. Durmió hasta veinte horas seguidas, y cuando se despertó eran las tres de la tarde del domingo. Recuperado del sueño y la fatiga se levantó, se vistió y se echó a la calle. En su mente ardían ideas dispares, pero una se le fue haciendo fija, insistente, pertinaz hasta el mismo delirio...

—No sea usted bobo... ¡Ya verán al bobo! ¡Pronto verán al bobo!

La terrible sospecha se le fue ahondando a Agapito con los días, a través de las noches en claro sin pegar un ojo. No podía creer que Marina dejara de repente de amarlo... Lo más que lo confundía era el prolongado silencio de ella. Y recordaba los juramentos de amor repetidos en el abrazo pasional de las despedidas:

—Y si un día tú me dejas por otra, Agapito, te mato y la mato a ella. Nosotras, las romanas, somos así...

No, no podía creer en el engaño, en el falso mentir, en la traición. A su novia le había pasado algo. Algo tremendo tenía que haberle ocurrido ajeno a su voluntad... ¿Pero quién, por qué?.

—No sea bobo... Ya verán al bobo, ya lo verán— se repetía incesantemente en todos los instantes.

\* \* \*

La noticia corrió como el viento por toda la colonia española emigrada en el país. Los diarios de la mañana, en su sección de sucesos, fueron escuetos: «Un español de Asturias, un tal Agapito, después de raptar a un belga le dio muerte de varias puñaladas. La policía sitió la casa del español, que se resistió, y al fin después de varias horas de tiroteo pudieron apresarle».

¿En verdad qué había sucedido? Corrieron varias versiones; pero la verdad verdadera fue que Agapito indagó y supo que el señorito, el «hijo de su papá» donde la joven romana trabajaba de sirvienta, la había seducido valiéndose de no se sabe qué artimañas y drogas.

Hoy el joven Agapito, uno más entre tantos emigrantes malaventurados, está en la cárcel. Su condena ha sido larga, muy larga... La bella muchacha romana, igual que muchas otras muchachas bellas y no bellas que un día fueron lanzadas lejos de su pueblo para bien de buscarse la vida, despreciada por familiares y amigos sigue en el destierro, escondiendo la vergüenza y la deshonra.

En Oviedo las dos viejas tías de Agapito, que nunca dieron golpe fuera de la casa, desde la madrugada se tiran a la calle en busca del sustento. Pero están muy viejas y entre las dos no son capaces de espantar el fantasma del hambre que impera en el hogar.





## DE DOMESTICO A MILLONARIO

—¡La degüello! ¡Esta vez sí que la degüello! ¡Esta vez no se me escapa!... Por cierto: ¿no la han visto ustedes por aquí?

El «Pantana» escupió las amenazas desde fuera de la puerta. Aparecía desencajado, escuálido, brillándole en los ojos miopes una luz de fuego.

Todos nos sobrecogimos cuando dio unos pasos hacia nosotros y nos fijó con la mirada uno a uno. El Pantana era hombre de cuidado. Podía sacar la navaja y hacer un destrozo. Con sus patillas colgadas por lo bajo de la oreja y el labio apretado, imponía respeto al más valiente. Pero yo tenía alguna amistad con él de cuando trabajamos juntos en la mina y le hice cara. Levantándome me acerqué a él y le dije:

—No, Pantana, no la hemos visto por aquí, pero según he oído se fue anoche a España.

No acabé de pronunciar la frase cuando el Pantana dio un salto atrás y se precipitó a la calle, maldiciendo y rugiendo como una fiera herida.

Sí, era verdad: la novia del Pantana lo había abandonado. Se le había escapado de la casa donde trabajaban los dos de domésticos y se había marchado a España. Duro golpe para el Pantana. El la quería de verdad, después de tanto tiempo de trabajar juntos, de compartir juntos los trances a veces amargos de la emigración. A esta novia española el Pantana la quería con amor

verdadero, de distinta manera a como quería a la otra, a la novia francesa. La española era «su delirio», como él decía; la francesa, su entretenimiento y desahogo, su «pasión desahogada», aunque sufría y se contrariaba al ser casada y tener su amante ya viejo y rico, consentidor del noviazgo.

Cuando salió el Pantana corriendo y rugiendo como una bestia apaleada, no descansó hasta escudriñar todos los rincones españoles de Bruselas. Se le veía aparecer, los ojos inyectados en sangre, rezongando, rumiando para sí maldiciones entre dientes, hasta que se convenció de que había perdido a «su María» para siempre y acabó resignándose. El no podía volver a España por ciertos delitos de juventud cometidos en Madrid y tuvo que resignarse. Y a partir de este momento fue cuando el Pantana se lanzó a la vida disipada, cuando se convirtió en una especie de canalla, en un delincuente vulgar y revoltoso... Ya no trabajaba, porque decía él que no tenía «humor para trabajar». Y para subsistir se dedicó al juego de la baraja, al engaño, a la ratería, a la trampa...

Sospechoso de la policía, ésta lo prendió y fue puesto varias veces más allá de la frontera. Pero el Pantana era una ardilla y al siguiente día aparecía otra vez en Bruselas. Para burlar la vigilancia en trenes y estaciones, nadie como el Pantana. El no necesitaba dinero para viajar. Sin «billete» era capaz de recorrerse Europa entera, siempre en tren, en los retretes. Hasta que en uno de estos viajes fue al fin sorprendido y encerrado entre rejas.

Cómo las pasó el Pantana en la cárcel no lo sabemos. Sí sabemos que los seis meses y un día de cárcel salvaron al Pantana, hicieron de él otro hombre.

¿Qué había pasado? ¿Cómo se produjo esta transformación personal del Pantana? Contemos la verdad.

Cuando la madre del Pantana, en Madrid, se enteró de la desgracia de su hijo, no reparó en dejarlo todo y personarse en Bruselas. Y aquí cada día la vieja iba a visitarlo. Cada día el Pantana recibía de su madre un beso y cigarros. Y cuando cumplió la condena, ya su madre lo tenía todo preparado para irse a provincias a trabajar de domésticos.

El «menage» entre hijo y madre dio el mejor de los resultados. El Pantana no tardó en hacerse querer de «los amos» como si fuera uno más de la familia. Fue en esta época cuando lo veíamos aparecer por las calles del «Midí español» en un flamante «Mercedes», el coche de su amo que él exhibía como propietario absoluto del coche y de sus actos, hecho un caballero.

Pero... no termina el cuento aquí. El cuento termina cuando el cartero nos trajo un día una carta del Pantana invitándonos (a mí y a sus antiguos compañeros de mina) a su boda. Lo estábamos viendo y no queríamos creerlo: el Pantana se casaba con una sobrina del «monsieur». Heredera única del estropeado señor, casi moribundo, con su boda el Pantana se convertía de la noche a la mañana en millonario.

Según las últimas noticias de hace unos cinco años, el Pantana es propietario de una fábrica de alpargatas en un país subdesarrollado de América. Por algunos emigrantes repatriados del nuevo continente, se ha sabido que el Pantana lleva allí no sólo una vida de maharajá, sino que además es feliz con la sobrina del difunto «monsieur» y con su madre, que nunca más se ha separado de él.

Sin embargo, alguien ha dicho que el Pantana, nada

**más pisar tierra americana, arrastró vida de crápula, haciendo ostentación de hombre rico y apartándose de su esposa y de su madre, a quienes al poco terminó abandonando para dedicarse a sus anchas a la vida licenciosa, a vivir entre querida y querida, entre cabaret y cabaret hasta arruinarse completamente. Pero esto yo no lo creo. Conocí bien al Pantana y me inclino por la otra versión de la fábrica de alpargatas.**



## LOS DOS AMIGOS Y LA NOVIA VIUDA

Eran el uno andaluz y el otro asturiano. Y lo seguirán siendo, pues supongo que donde quiera que estén (seguramente en Australia) sigan vivos y con aquella vitalidad y aquella ansia de vida de cuando los conocí en Bruselas.

Juan Pepe y Pepe Juan eran muy amigos y siempre andaban juntos. Los dos eran bastante pequeños, quizá el asturiano un poco más bajo, más petaco. El andaluz se ganaba al asturiano en cabeza y orejas, que las tenía enormes. Pero el asturiano tenía en cambio unos pies como chalanas que por lo menos calzaba un cuarenta y cuatro largo.

Eran muy amigos, insisto, y rara era la vez en que se veía al uno sin el otro. Creo que llegaron juntos de España en la misma expedición de obreros contratados, se hospedaban en la misma cantina de mineros en Jument (Charleroi), dormían en la misma habitación y trabajaban en la misma mina y en el mismo tajo. En Bruselas, cuando yo los conocí compartían el «quartier» con cocina que habían alquilado a buen precio en Anderlecht.

Juan Pepe y Pepe Juan tenían aficiones comunes. Ambos estimaban en mucho el oloroso cigarrillo rubio, la espumosa cerveza rubia y la abundante y femenina cabellera rubia. Ambos amaban los juegos de azar (¡oh, la maldita baraja!), y ambos amaban el baile, el

moderno, en particular el «twist» y el «rock-and-roll», en lo que eran verdaderos artistas, o mejor acróbatas, malabaristas.

Yo los vi una noche en un baile popular en Waterloo y me quedé asombrado; yo y todos los asistentes. El andaluz bailaba agarrado a una «flamana» esquelética, pero con una cabellera espléndida que se le derramaba hasta la cintura, dorada y brillante como una moneda pulida de bronce viejo. Sonaba en el instante música de «rock». El andaluz apalancaba a la hembra por las caderas y la hacía dar unos saltos y unos grititos cuando caía al suelo que aquello parecía más que grotesco, rocambolesco... El asturiano, al otro extremo de la pista, arremetía con una furia terrible, fechado a su voluminosa pareja, una «blonde» arrogante y plétórica que cuando en los vaivenes de la danza se agarraba al pescuezo del hombre parecía que iba a estrangularlo, o poco menos...

Pasó algún tiempo y casualmente, un día, me encuentro a Pepe solo en un bar. Le noté cierto aburrimiento, cierta tristeza, él siempre tan risueño, tan alegre. Me senté a su lado y entablamos conversación. Al final el hombre desembuchó lo que al parecer, desde hacía algún tiempo, le tenía atragantado.

—Lo malo es que mi amigo Juan —proseguía él el relato mientras yo escuchaba sin salir de mi asombro— está empeñado en que yo debo cederle mi novia, con la que vivo en alcoba común. Yo duermo con mi «fiancée» desde hace varios meses y tú sabes que ella es «veuve» y tiene cuatro «bambinos». En último caso un amigo es un amigo y yo sería «capable» de traspasársela, pero... ¿es que quiere casarse!

¿Qué fue lo que pasó? Ustedes se resistirán a creer-

lo, pero yo les aseguro que lo que digo sucedió, fue verdad.

Pepe Juan le traspasó su novia viuda a Juan Pepe y éste se casó y de padrino hizo aquél. Al poco tiempo el matrimonio se marchó a Australia, sin dejar atrás a los chiquillos y prometiéndole el asturiano a su amigo que una vez allá le enviaría la correspondiente «carta de llamada» y el dinero para el viaje.

Juan Pepe cumplió su palabra, Pepe Juan no duró mucho en Bélgica. Días antes de su marcha a Australia lo vi y no cabía en sí de gozo. Me dijo:

—Leal amigo mi amigo. Cumplió como un hombre. Me reuniré con él al fin y veré a mi novia que es su mujer y yo también la quiero. ¡Qué pelos más largos y más rubios! ¡Qué pelambreras por todos sitios! ¡Qué melenas!... Mi amigo es estupendo. Con decirte que de la alegría que me dio cuando recibí su carta y el dinero me puse a fumar como un loco y... fumando y fumando me fumé hasta un «petardo», lo que no probaba desde que él se fue...





Julio Viera  
69

## UN HOMBRE ATREVIDO

Margarito era un hombre atrevido. Cuando llegó Margarito a Francia sin saber una papa de francés, el hombre tuvo que soportar mil sinsabores buscando trabajo, «sin entenderse», hasta que casualmente conoció a un compatriota que lo orientó, lo aconsejó y le resolvió la difícil situación en la que se encontraba. Margarito se había gastado las pocas pesetas que reunió en su pueblo y el hombre no sabía ya qué pensar para subsistir en aquella ciudad donde no conocía a nadie. Siempre honrado, como era un hombre atrevido, atreviéndose llegó Margarito hasta a pensar en el robo.

—Tendré que robar —se decía para sí mismo en aquel deambular por las calles repletas de ruidos y ajetreos del populoso puerto de Marsella—. Tendré que cometer un robo pequeño o hurto para no sucumbir. ¡Todo antes que pedir limosnas!

Y en estos trances fue cuando se tropezó con su compatriota Agapito. Este trabajaba en el puerto, de limpiador de quillas de buques, y le fue fácil conseguirle a Margarito un empleo de buzo.

—Pero si yo no sé nada de eso. Yo soy castellano de la Mancha y no sé ni siquiera nadar... —le decía el manchego a su amigo.

—Eso no importa. No hay otro trabajo y tienes que aceptar el de buzo. Te llevaré a casa de un francés amigo mío que es un gran conocedor del oficio de «la zam-

bullida». En poco tiempo verás cómo él te espabila... Ya lo ha hecho con otros.

No pudo negarse Margarito. Y como ya hemos dicho que Margarito era un hombre atrevido, a las cuantas explicaciones del buzo francés he aquí que nuestro hombre se encasqueta la escafranda y se deja descolgar «mar a fondo».

Llegó a ser un gran buzo Margarito en el puerto de Marsella. Tan buen buzo llegó a ser, que no solamente era estimado por los jefes y capataces de la empresa sino también por sus propios compañeros de oficio, o sea los otros buzos.

Varios años bregó Margarito sumergiéndose diariamente en las aguas a veces no muy limpias del puerto. Esto lo sabemos bien. Lo que no sabemos bien es el por qué de repente dejó Francia y se fue a Bélgica. De Marsella se trasladó a Amberes y aquí siguió practicando el peligroso oficio hasta que un día lo sacaron del agua casi muerto del todo. A partir de este momento, Margarito no volvió más a encasquetarse la escafranda. Renunció para toda la vida a tan expuesto «mètier», prefiriendo la mina.

Enganchado como minero de fondo en un «charbonnage» de la provincia de Limburgo, no duró Margarito ni un mes arrancando carbón. Una noche, como era un hombre atrevido, se internó solo por una galería abandonada y de allí lo sacaron milagrosamente, con la cabeza a mitad escachada y una canilla rota por encima del tobillo. Fue cuando decidió trasladarse a Bruselas y emplearse de doméstico, siendo en estas circunstancias cuando yo lo conocí.

Margarito era un tipo ancho de espaldas y también de caderas; pero era forzado. Tenía una voz fina, chi-

quitita, pero cuando cantaba flamenco gustaba, aunque a veces desafinaba en los arrastres de la nota alta.

Margarito entró de doméstico con un ricacho solterón que había estado cuarenta años en el Congo explotando a los negros y había traído a Bélgica abultados ahorros. Compaginaron bien desde el primer momento el celtibero pobre originario de la Mancha y el belga de Flandes enriquecido en el Congo. Se llevaban tan bien, que muy pronto amo y criado comían juntos, tomaban café juntos y salían por las noches juntos. Y lo más asombroso: en las vacaciones de verano, Margarito que se va de veraneo a la Costa Azul con su amo.

En Niza Margarito se enredó en amorios con una baronesa suiza, un poco entrada en años ya, que se encaprichó de la apostura del ex-buzo, persiguiéndolo por todos sitios. Como lo tenía aburrido, y para quitársela de encima, después de meditarlo despaciosamente, se decidió a hablar con el barón:

—Su señora esposa de usted, «monsieur le barón», se ha empeñado en que yo debo acompañarla a todos sitios, de día y de noche... Y como usted comprenderá, eso me resulta a mí un poco comprometido. Yo quisiera...

—Nada de eso, Don Margarito —le respondió el noble suizo al ex-buzo español—. Mi señora lo ha escogido a usted para «caballero de compañía», de día y de noche, y yo no puedo oponerme a ese capricho. Siga usted adelante, siga sin miedo, diviértase, baile, coma mucho y beba mucho, que yo pago. Yo pago siempre con gusto... «les plaisirs de ma femme», por decirlo en francés.

Después de la entrevista con el barón, Margarito optó por esconderse, pero la baronesa siempre daba con él. Viendo la imposibilidad de verse libre en el con-

tinuo asedio, el ex-buzo manchego decidió renunciar a tan hermosas vacaciones, convenciendo a su amo de que debía también él renunciar a las delicias de la playa y el salado aire marino.

De regreso a Bruselas, el belga y el español, siempre juntos, galopan a ciento y pico «la hora». Empezaba a hacerse de noche... El belga dormía y Margarito, que había aprendido a conducir hacia escasamente una semana, iba fechado al manillar.

De repente, en una curva de la solitaria carretera, dos autoestopistas que se plantan delante. Nada más el español columbrar las menguadas faldas y meter el freno a fondo, fue todo uno. El patinazo resonó en la negra noche como un chillido desgarrado...

Pero al rato en el potente «Lancia» el belga vuelve a dormirse y Margarito, confiado, avanza carretera adelante contemplando por el retrovisor la preciosa carga trasera.

Momento de emoción... En una de las ojeadas nuestro hombre se apercibe de que una de «las hermosas» empuña un trabuco. Sereno, ya que el manchego es un hombre atrevido, en una bifurcación hace frenar en seco el vehículo, pero la maniobra le falla y caen todos precipitados barranco abajo.

El millonario belga del Congo enriquecido a base del sudor de los negros, escapó, aunque mal herido. Las dos rubias autoestopistas minifalderas también escaparon y nunca más se supo nada de ellas. El que no escapó fue nuestro compatriota. Con una bala alojada en el cráneo por la parte de la oreja izquierda, lo llevaron al hospital y allí pronunció su última palabra de hombre vivo. Al momento de expirar dicen que dijo:

—Era macho... Era un macho. La que sacó el revólver y disparó yo estoy seguro que era macho...



Julio  
69

## LAS DOS MUJERES DE PEPE TARTANA

En cuanto nos apartábamos de los alrededores de la Estación, nos perdíamos. Hacía poco que habíamos llegado a Bruselas y aventurarnos por aquellas largas avenidas era exponerse a andar horas y horas bajo el frío helado hasta que casualmente encontráramos a un compatriota o a alguien que hablara español y nos indicara el camino. Aquella noche, rebasada la plaza Fontainas y alcanzada la Bourse, al fin pudimos llegar junto a la mole del edificio del Centro Rogier. Buscábamos el «Vieux Bruxelles», sala de fiestas donde nos habían dicho se reunían emigrantes de distintos países y donde los jueves y domingos se celebraban concursos de cante entre los asistentes. Nosotros llevábamos nuestro «cantaor», un tal Julito «el Pargana», y esperábamos vencer a todos los competidores y con el premio, 500 francos, corrernos la juerga padre. Pero el Pargana fracasó por no arrimar el tono al de la orquesta y las perras se las llevó un italiano patilludo que cantó «Manuela, Manuela», por aquel entonces canción en boga que habían importado los afinados y melodiosos hijos de romanos.

Esperando el resultado del escrutinio (el vencedor era elegido por votación del público), la charanga atacó un pasodoble y en este instante fue cuando una pareja se lanzó a la pista, quedándose al rato el hombre «único macho en el terreno». Era «el Tartana», un gaditano pequeño él y empinado de pescuezo que bailaba como

un reguilete y le hacía dar más vueltas que un remolino a su «partenaire», una flamenca (flamenca de Flandes) bastante hermosota ella y con unas piernas y unas rodillas coloradas que le pesaban por lo menos medio quintal cada una. El Tartana la hacía girar y girar y de repente la soltaba, saliendo él disparado hacia el lado contrario para encontrarse después de frente en el otro extremo y de rodillas darle repetidos pases toreros a la flamenca jadeante y sudorosa como una yegua poltronesa. Belgas, italianos, griegos, congoleños, todos irrumpían en gritos y aplausos cuando el Tartana cerraba la nota final del pasodoble con un estentóreo y rotundo ¡olé!. Después, como un matador de toros que acababa de conquistar rabo y orejas en la más difícil de las alternativas, cogía a la hembra por el brazo y se la llevaba... Yo estoy seguro de que el Tartana no se consideraba en aquellos momentos menos que un Bienvenida o un Belmonte.

La fama del Tartana como bailar del pasodoble torero fue creciendo cada domingo y cada jueves. Al «Vieux Bruxelles» llegábamos y hasta que la simpar pareja tan desaparejada no se lanzaba al «ruedo» allí aguantábamos, fuera la hora que fuera. Porque eso sí, el diminuto y pescuezudo andaluz se hacía valer lo suyo y a veces no recalaba hasta ya avanzada la medianoche... Y una noche nos dejó a todos con el regusto de la espera vencida hasta el alba, pues... no apareció.

¿Qué había pasado?. ¿Por qué el Tartana, a quien habíamos visto el día anterior con su «macuto» al hombro camino de la mina, no apareció?. Algo grande debía haberle pasado...

¡Y tan grandel! Descartado el trágico accidente en la mina, la enfermedad o el posible atropello en la ca-



lle, no sabíamos qué pensar cuando nos enteramos de lo más insospechado, de lo que a ninguno se nos había ocurrido imaginar... El Tartana resultaba que era casado y cuando de punta en blanco se disponía el domingo a salir de la pensión hacia el baile, he aquí que se le planta delante su mujer con los cuatro chiquillos y la enorme maleta de madera de cuando él se fue a la mili. Un soplo directo de Brabante a Andalucía le había llegado a la esposa a la oreja y ésta, sin dudarlo, lo prepara todo, se escabulle en el tren y aparece en Bruselas.

La escena fue de un colorido digno de un novelón por entregas... La mujer que se le cuelga del hombro al Tartana sin soltarlo, los chiquillos que lloran a lágrima viva, el Tartana que se quiere escurrir y no puede y... a la media hora la flamenca que aparece rozagante, pletórica, más hermosa y más colorada que nunca.

Largas horas duró el coloquio entre las dos mujeres y nuestro hombre. El Tartana fue insultado, zaran-deado, rebajado en su dignidad de varón, maltratado de palabra y de obra por la flamenca encelada y la andaluza reivindicativa. Ambas se disputaban la posesión del maltrecho Tartana con toda clase de argumentos, materiales y sentimentales.

Después de intervenir el patrón de la cantina en favor naturalmente de la paisana ibérica, al fin el Tartana se rindió a la verdad matrimonial y con gesto tu-nante de gallo corralero, indicó con su mano la calle a la flamenca, exclamando:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Yo me quedo con mi esposa y mis retoños que Dios me ha dado! ¡Que nadie en la vida ose interrumpirme la paz y el amor que en adelante reinarán en mi hogar! ¡Fuera!

Y el Tartana, del brazo de su mujer morena y se-

guido de los cuatro crios que ya no lloran, sino que ríen, se fue tan campante aquella noche de domingo a pasearse por la Feria de Midi.

\* \* \*

Pasó mucho tiempo sin que yo me tropezara al Tartana ni supiera nada de él. Hasta que un día, inesperadamente, me lo topo al doblar una esquina.

—¡Caramba... qué alegría!— exclamé acercándome a él.

—Ni alegría ni ná... —me contestó en un tono roto de su voz—. La alegría se la llevan otros...

Comprendí al momento que algún caso raro le pasaba o estaba pasándole. Se me quedó con sus ojitos negros mirándome como un niño y el cigarrillo trincado en la boca se le descolgó por el labio babeante. Vi cómo disimulaba un ligero temblor que no era de frío y en su expresión de conejo espantado vislumbré el abandono de su persona, la derrota del hombre.

Efectivamente, Pepe el Tartana era un hombre derrotado. Derrotado completamente por el azar, por la vida, por la condición indigna que en el fondo esconden los seres humanos. Según fuimos paseando largamente bulevar arriba, me fue contando...

Cuando su mujer llegó de España él se deshizo de la flamenca y no volvió a bailar más el pasodoble con ella ni con ninguna otra mujer que no fuera la suya. Fue feliz en lo que cabe durante unos meses. El se iba por las mañanas a la mina y regresaba por las tardes con su mochila al hombro, un poco triste y muy cansado, como siempre. La casa era pequeña pero más grande que la de Cádiz, y los muebles, comprados de oca-

sión, eran también mejores que los de Cádiz... Y una de las tardes, al llegar de la mina medio derrengado por el dolor del «músculo nuquero», inesperadamente la mujer que se le adelanta al encuentro y le dice:

—No entres en esa casa, Pepe, que ya no es la nuestra. Nos hemos mudado. Vivimos ahora en otro sitio...

—Me cogió mi mujer del brazo —prosigue el Tartana el relato— y en un tranvía conducido por un negro llegamos a la nueva casa. Era mejor que la otra y los muebles también. A mí no me extrañó mucho aquella improvisada mudanza, pero lo que jamás hubiese podido sospechar ni en sueños fue lo que en ella me encontré: ¡la flamenca!

Casi larga una lágrima el Tartana en este punto del relato. Era una lágrima mustia, que le afloraba desde dentro de la bola negra del ojo. Pero se recuperó y continuó:

—Pues bien... yo seguí la vulgar monotonía de los días como si nada estuviera ocurriendo, callado, sin decir esta boca es mía, sospechando la presencia diaria de la otra en mi casa pero sin sospechar lo peor... Esto peor es lo que acaba de sucederme anoche: ¡entre las dos me han echado de mi casa!

Quise alentar al Tartana. Yo quise saber más de aquella increíble historia, conocer esos detalles íntimos y ocultos que atizan la fogalera de las tramas escondidas de las mujeres y los hombres, las esposas y los maridos...

Me quedé con las ganas. El Tartana traspuso por el primer callejón como empujado por una fuerza endiablada y jamás lo he vuelto a ver. Nunca más lo he vuelto a ver.



Julio Viera  
69

## ASÍ ERA JUAN PICÓ

—Picó se marchó a España. Al fin nos dejará tranquilos con sus extravagancias.

—Era un babieca, un depravado. Se creía un señorito y con sus señoritadas nos estaba dejando mal a todos los españoles. Le gustaba lo bueno, lo «chic», y el muy calavera se dedicó a frecuentar lo mejor y más caro de Bruselas... Desde que cobró el accidente ya no se le vio más por los bares españoles. Con el dinero se dedicó a presumir...

—¿A presumir de qué?. El vino a las minas como nosotros y nunca dejó de ser un Juan Lanás...

—Hombre, podía presumir... de listo, con su cabeza de melón a pepinado.

—La cabeza... decía él que la tenía así a causa del accidente.

—Pues yo sigo sin creer en lo del accidente. Eso lo inventó él, haciéndose el loco para cobrar el seguro. Como sigan viniendo a Bélgica bribones de su calaña estamos apañados... ¡Bonito prestigio para nuestra colonia!

Antes de oír estos diálogos en un bar cualquiera del Midí bruselense, ya sabía yo que Juan Picó se había marchado definitivamente a España. Días antes de su partida nos había invitado a unos cuantos compañeros de su misma «promoción minera» a una fiesta de despedida, a una juerga por todo lo alto. Me acuerdo bien

que, mostrándonos un cheque por valor de medio millón de francos, nos dijo:

—Al fin me liquidó el seguro. Voy rápido al Banco. Espérenme aquí y vayan bebiendo a mi cuenta. Hoy van a temblar hasta las bolas del Atómium, para que se acuerden para siempre de Juan Picó, el chiflado...

No puedo ni quiero relatar aquí todo lo ocurrido en la noche de despedida de nuestro amigo. Fue una noche de locura. Comimos y bebimos y bailamos como verdaderos burgueses. Juan Picó lo repetía cada vez que levantando la copa brindábamos por los proletarios del mundo, y los parias.

—Los capitalistas, los accionistas de las minas de carbón y otras minas son así, como nosotros ahora. Beben y rien y se divierten a toda hora mientras el pobre obrero suda aferrado al instrumento de trabajo. Cuántas noches después de la medianoche yo apaleaba carbón con los músculos destrozados y pensaba: «yo aquí y ellos allá. Yo hundido en este pozo pestilente lejos de «mi tierra amada» y ellos allá, en las salas de diversión y «cabarets» bailando con la «cocota» y además creyéndose personajes importantes... ¡Explotadores! ¡Canallas!».

Juan Picó nos condujo aquella noche por sitios inéditos y elegantes donde se entremezclaba una humanidad heterogénea y no muy sana. Nos llevó a salas de fiesta caras, a bares llenos de viejas viudas de la segunda y la primera guerra mundial, a restaurantes opulentos, a cavas llenas de música y tipos raros, unos peludos y otros lampiños y sin bigote... En todos los «endroits» era conocido Juan Picó. Muchos lo saludaban con exageradas muestras de simpatía. Se veía que era apreciado de verdad por algunos «patrones» y también

por algunas «femmes» de expresión incierta... Sin duda nuestro amigo gozaba en aquellos ambientes de cierta fama de español caballeroso, dadivoso, bueno...

¡Y tan bueno! La tragedia que desde hacía tiempo Juan Picó llevaba amarrada al alma solamente él la conocía. Ni el más íntimo de los amigos sabía nada y nadie nada supo hasta el día mismo de su muerte.

Juan Picó murió en Madrid al mes justo de llegar de Bélgica. Al enterarme tiempo después y saber la dolorosa prueba a la que estuvo sometido durante meses, yo no pude menos de sentir una gran compasión por el amigo y la más profunda admiración por el hombre que tan atrozmente había sido golpeado por la suerte, por su sino negro. Hoy, después de largos años, sigo sintiendo la misma admiración cuando recuerdo. Hombres de la catadura de Juan Picó se dan pocos. El supo aguantar quizás lo más cruel, lo más terrible que en la vida hay: saberse condenado a muerte a plazo fijo. Y no se volvió loco, ni se suicidó. Compruébenlo ustedes:

Cuando a Juan Picó se le cayó en la mina una piedra en la cabeza, nadie creía que escapara, pero escapó. Fue curado en un hospital y dado de alta. Tiempo después, empezó a sentir cierto malestar y los doctores, en el reconocimiento, apreciaron el nefasto mal y lo desahucieron, dándole de vida un plazo de tres meses. ¿Cómo y de qué manera Juan Picó se enteró de que no viviría sino este corto tiempo? Lo cierto es que los médicos trataron de hacerle ver que estaba en un error, pero al no poderlo convencer admitieron la verdad: tendría que ocurrir un milagro para que el enfermo no sucumbiera en el plazo fijado. No obstante, los médicos se portaron bien, arreglándole los asuntos del seguro

de accidentes para que cobrara lo más pronto posible y se fuera a morir a España.

Y fue a morirse a España, a Madrid, cuando él lo creyó conveniente; después de dos meses de vida intensa en Bruselas, como queriendo apurar la vida... Fue a morirse a España y nadie sabía que tenía que morirse, ningún amigo, ningún familiar, sino él, solamente él.

Su madre no sospechó nada en ningún momento, procurando Juan Picó en su presencia mostrarse jovial y siempre alegre. Yo supongo que el hombre en sus horas de soledad llorara ante la aproximación de la hora fatal. Pero disimuló hasta el último minuto en que «la que no perdona» le dio el asalto definitivo...

Así era Juan Picó. Así fue Juan Picó, el emigrante que un día juvenil en la capital de España se enroló con otros amigos en una de las «expediciones mineras» que partían hacia Bélgica... Sus palabras al momento de coger el tren en la estación de Midí, al regresar a España, me parece estarlas oyendo:

—¡Adiós, amigos! ¡Mis últimos treinta días los pasaré con ella, porque ella me parió y se lo merece!... ¡Adiós, compañeros del carbón y la miseria, a los que no veré jamás, jamás, jamás...!

Y como nosotros no sabíamos nada ni sospechábamos la tragedia que llevaba enganchada al alma, achacamos sus palabras a chacota.

Así era Juan Picó...





Julio Viera  
69

## EL JOVEN QUE QUISO SER MARINERO

Florentino desembarcó en Amberes una mañana gris y encapotada, de cielo de panza de burro «conejero». Venía de Marsella, a donde había ido desde Málaga, su pueblo natal, y donde tras algunas peripecias logró enrolarse en un barco panameño de marinero de cubierta, aunque le prometieron la plaza de marmitón.

La recalada del barco de Florentino por Amberes fue su desgracia. Las noches en el cosmopolita y populoso puerto flamenco son siempre peligrosas, sobre todo para el que nunca ha estado allí, para el que no conoce la ciudad. Contrabandistas y aventureros de todo el mundo se dan cita en Amberes para «sus negocios» y una humanidad ansiosa busca y rebusca sentimientos extraños.

Florentino, al verse inmerso en este ambiente aturdido y loco, se dejó llevar, no supo qué hacer y se dejó llevar por la corriente. Y a los pocos días estaba limpio como un escoplo, con la cartera escurrida y el alma tiritándole desasosegada, desesperanzada. El barco había partido y él, marinero en tierra sin ocupación y sin dinero, se desesperaba esperando la ocasión de un nuevo embarque. Aguantó un par de meses y cuando ya no pudo más decidió, con dos compatriotas que se encontraban en su misma situación, uno extremeño y el otro gallego, jugárselo todo colándose clandestinamente en un barco que partiera hacia América. Méjico, Cuba, Ve-

nezuela..., cualquier país sería bueno antes que seguir soportando tan penosa situación y antes que volverse a España, a la patria que habían dejado llena de sinsabores y miserables recuerdos...

Dicho y hecho. Florentino y sus dos compañeros merodearon por el muelle en la noche helada y en un descuido se engulleron en el barco adosado al dique. A los tres días de navegación, conjurados por el hambre, decidieron salir del escondrijo y entregarse. El primero que se echó fuera fue el gallego, que se paseó por cubierta hasta que un oficial se le acercó y lo condujo al puente de mando donde se hallaba el capitán. Florentino y el extremeño, desde su escondite, veían el puente y toda la parte de babor, por lo que contemplaron la escena como si estuvieran viendo una película. Y vieron cómo al rato dos forzudos marineros, dos corpulentos noruegos, arrastraban con el español escaleras abajo.

—Ahora te toca a ti— le dijo Florentino al extremeño.

Hombre de pachorra el extremeño, se descolgó del bote y empezó a pasearse por cubierta, silbando y tarareando una canción torera. Florentino lo avizoraba desde arriba, y vio cómo el capitán, desde el puente, se quedaba fijo contemplando al paseante durante un largo rato y poco después la aparición de varios marinos que se llevaron a su amigo.

No se atrevió Florentino a descolgarse del bote seguidamente. Pensó que el capitán debería estar furioso y esperó un par de horas. En vez de pasearse por cubierta lo que hizo fue subir directamente la escalerilla que conduce al puente y presentarse al capitán.

No la pasaron mal los tres polizontes. Se portaron

bien con ellos los noruegos. Trabajaron durante el viaje y al llegar a Méjico les pagaron su trabajo antes de ser entregados a la policía de Puerto.

Los cinco días que el barco permaneció en Méjico Florentino y sus compañeros se los pasaron en la cárcel. En celdas separadas, compartió Florentino la suya con tres mejicanos bigotudos que desde el primer día le contaron sus penas. Uno había matado a tres guardias municipales y a un sereno y sufría condena de treinta años. Al preguntarle Florentino si los había matado a todos juntos a la misma vez, el mejicano respondió:

—No, hombre, los maté uno a uno. Primero cayó el sereno, de un balazo en la frente, y más tarde un guardia y después el compañero. Y gracias a que los demás huyeron, pues si no aquel día hago un estrago...

Otro de los bigotudos, muy mal encarado, se había cargado a un boticario y ya en la cárcel había estrangulado a un carcelero, por lo que le aumentaron la condena de veinte a cuarenta años.

El tercero era el menos que penaba: solamente veinticinco años por haber degollado a su mujer. Con éste fue con el más que simpatizó Florentino. Mil veces le contó su «inocente crimen», siempre repitiendo las mismas frases:

—Y entonces la maté porque era mía. Yo la degollé de un tajo, sin mirarle a la cara arrepentida. La saqué con el cuchillo y la cabeza se me quedó en la mano colgando de los pelos... Y yo le digo a usted, Florentinito, que la maté por eso, porque era mía... ¡Venga otro cigarro!

Suerte tuvo Florentino de tener cigarros hasta el quinto día. El fumar era para los presos la vida entera.

El notó enseguida cómo los bigotudos, si no fumaban, se ponían nerviosos, amenazantes.

—¡Venga otro cigarro!— y Florentino rápidamente sacaba la cajetilla y brindaba a los tres a un tiempo...

El azar es el azar, la suerte es la suerte: cuando el último cigarrillo daba fin en la boca desdentada del que había tropicado al boticario, he aquí que un carcelero llega trabuco en mano y abre la celda. Venía por Florentino, que fue conducido al barco noruego. A bordo fue encerrado en un camarote con solo su compañero el extremeño, al que enseguida le preguntó por el gallego. El extremeño no sabía nada, pero cuando el barco se alejó del puerto y les abrieron el camarote para que se incorporaran al trabajo, se enteraron por un marino que chapurriaba el castellano:

—Otro amigo morir —les dijo el marinero riéndose—. Otro amigo caer por preso mejicano bajo preso mejicano y mejicano ahogar garganta. Suerte mala otro amigo...

—¡Pobre gallego! —exclamó Florentino—. El se lo barruntaba. Siempre estaba repitiendo que moriría con las botas puestas...

—¡Qué botas ni ná! —dijo el extremeño—, acuérdate que era..., voy a decir algo ahorrativo... Seguramente les escatimó el tabaco a los compañeros de celda y uno de éstos lo liquidó.

En los días que siguieron Florentino y el extremeño recordaron mucho al desventurado gallego. La ilusión que tenía de irse a América, de trabajar allá y ahorrar para en su día volverse a Galicia y comprar una casita y casarse con la novia pobre...

Al entrar el barco en el puerto de Amberes fueron los españoles nuevamente encerrados en un camarote,

y al atracar, entregados a la policía, que los esperaba sobre el muelle. Un mes cumplieron de cárcel. ¡Qué distinta la prisión belga a la mejicana! Fueron bien tratados por carceleros y reclusos. Pero para Florentino su estancia «a la sombra» en el puerto belga le fue fatal. Allí conoció a Román, un venezolano de origen chino que se le ofreció en todo y para todo y que lo convenció de que se fuera con él a París cuando al salir de la cárcel lo pusieran en la frontera.

—Allí verás tú como ganamos dinero fácilmente —le decía el venezolano a Florentino—. En París hay campo para todo. Al salir, cuando la policía te pregunte qué frontera prefieres, escoge la francesa y no te bajes del tren hasta París. Yo te espero allá. Yo salgo unos días antes que tú y cuando tú llegues ya tendré preparado alojamiento para los dos...

¿Qué iba a hacer Florentino sino aceptar el ofrecimiento de aquel improvisado compañero que le brindaba el azar? En París efectivamente lo esperaba Román, que lo recibió con claras muestras de regocijo. En Montmartre, cerca de la Place Blanche, tenía el venezolano su vivienda, una «mansarde» de un tercer piso con dos camas que había conseguido a módico alquiler.

Después de instalarse y merendar a base de salchichón y vino tinto, el español fue invitado a dar unas vueltas por el barrio. Como el único traje de Florentino no estaba muy limpio y sí bastante arrugado, Román le dio a escoger el que más le gustara de los suyos y así, empaquetados, los dos hombres se echaron a la calle.

Hombro con hombro y como amigos de toda la vida, se pasearon por los alrededores de la Place de Clichy entrando en algunos «bistrots» para echar una copa.

—Vino, Florentino, el mejor vino del mundo es el francés. Bebe. Alégrate. Bebe sin miedo que yo pago. Anoche hice un negocio y me gané unas perras... Si tú quieres ganarás también muchos francos. No tienes sino que asociarte conmigo...

El malagueño estaba asombrado. No podía ser sino la diosa fortuna quien le había deparado aquel bondadoso y generoso amigo. Toda su vida le estaría agradecido.

—¿Y qué trabajo es? ¿Cuál es el negocio?— preguntó tímido, agradecido.

El venezolano titubeó un momento. Pero al rato, después de unas copas más y de haber cruzado Pigalle lleno de luces y reclamos de cabarets con grandes fotos en color de hermosas danzarinas al desnudo, poniéndole cariñosamente las manos sobre el hombro al boquiabierto andaluz, le dijo, acercándole la voz al oído:

—Mira, Florentino: esta es la vida. Mira qué belleza, qué hermosura. Mira la de la foto y aquella que pasa... No serán para nosotros, son de otros. No podemos alcanzarlas porque cuestan dinero y no lo tenemos. Ellas se venden. Ellas se venden siempre... al mejor que las pague. Si tú quieres entrar en mi trabajo tendrás todo eso y más. Hoy reina por todos sitios la pillería y los pillos se rien de nosotros, los pobres. Nosotros trabajamos y ellos se divierten. No hagamos más el tonto y seamos como ellos, sinvergüenzas, baladrones, listos...

—Sí, eso es verdad, hay mucho listo... mucho pillo listo— murmuró Florentino como hablando consigo mismo.

—Pues nada, si estás dispuesto, mañana mismo empezamos. No tendrás que hacer de momento sino

pasearte, así como hacemos ahora. Pasearte y vigilar. Yo seré el que actúo...

Era verdad lo que afirmaba el venezolano. La primera noche de «actividad» partieron a más de tres mil pesetas cada uno. El trabajo sencillísimo: pasearse por entre las filas de coches aparcados haciéndose el tonto mientras su compañero con una agilidad de ardilla desvalijaba los portabultos. ¿Cómo los abría? Secreto profesional del venezolano. Los transistores, las máquinas fotográficas... todo estaba de antemano vendido a conocidos «expertos».

—Actuando un par de noches a la semana ya tendremos para «mener une joyeuse vie de bourgeois content —le decía Román a Florentino entre sorbo y sorbo de espumosa cerveza—. Y ríete de los prejuicios sociales y de los que predicán la honradez y el sacrificio por los otros. Todo es engaño, farsa. Y la vida es corta, amigo...

—Sí, pero yo le temo mucho a la cárcel. No podría soportarla...

—Pantomimas. En la cárcel se pasa bien. Yo prefiero la cárcel a soportar vida de perro trabajando como un esclavo para que otros se enriquezcan. Además que no hacemos nada malo. No robamos a los pobres, sino a los pudientes. Ellos son los que roban a los pobres, a los obreros.

Personalidad fuerte la del venezolano y hombre de carácter, Florentino se fue doblegando a su voluntad y a los pocos meses era una marioneta, un autómatasu-peditado a las decisiones de su amigo. Y así fue cómo sin darse cuenta se encontró enredado en las mallas de una banda de traficantes de drogas. La red se extendió de París a Bruselas y Florentino hizo varios viajes a la



capital belga, donde pasaba largas temporadas en misión de contacto con la población marroquí emigrada. Y aquí sucumbió. Un amanecer frío y gris apareció flotando sobre las aguas turbias del canal. El pecho lo tenía agujereado por varios golpes de cuchillo. Sin dinero ni documentación en los bolsillos, pudo al fin ser identificado, limitándose la policía a diagnosticar: «Arreglo de cuentas».

Pero en firme no se supo nada, creyendo algunos que no hubo tal arreglo de cuentas, sino asesinato por robo.

Así terminó Florentino, el joven malagueño que quiso ser marinero y el azar y las circunstancias lo azotaron duramente hasta arrastrarlo a la delincuencia y a la muerte. Un caso más de inexperiencia. Un caso más de juventud inexperta y de fatalidad de los tantos jóvenes que emigran y la adversidad los empuja implacable por derroteros de depravación y muerte. ¡Cuántos, cuántos antes de salir de España ya tienen marcada su tumba lejos de España!



## «EL CRISTO» APALEADO

Cada cual puede describirlo a su manera, entre todos los que lo conocieron. Yo lo describo así: «El Cristo» era un tipo alto, flaco, con una melena lacia y larga que se le enroscaba por los lados sobre las orejas, bastante largas también. El rostro afilado y los pómulos hundidos seguramente del hambre, su mirada era serena, reposada en el brillar canelo de sus pupilas brillantes, a veces maliciosas, a veces tristes con tristeza de aburrimiento, o de arrepentimiento. Cuando cantaba y estaba a gusto (esto dependía del auditorio) sonreía melancólicamente a los hombres y miraba de reojo a las mujeres. Cuando pintaba se reía, hablaba sólo para sí mismo en un diálogo íntimo y personal que cualquiera sabe las cosas que le decía a su propia persona. Y después brincaba, giraba sobre sus talones como queriendo iniciar una danza pero jamás bailó, nunca lo vi bailando...

—Ustedes son unos mamarrachos, y yo soy vuestro redentor que les señalará el camino de la remisión de la pena del destierro. Por eso vine de Francia, después de haber recorrido Italia, Austria y Alemania. Por eso estoy aquí, en Bélgica entre vosotros. Por eso canto y pinto y voy por el mundo con mis tristezas auestas. Sin pedir nada. Sin decirle a nadie, compatriota o no compatriota, que me dé nada. Yo canto por el propio placer de cantar y para deleitarlos a ustedes, pobres

emigrantes que no conocéis el mundo maravilloso de la creación artística y no sabéis cantar, ni pintar, ni nada que no sea trabajar para vivir mejor que en España y tener coche y enriquecer a los otros, a los propietarios, a los capitalistas, a los que os explotan educadamente y vergonzosamente... Yo soy el Cristo porque nada quiero para mí. Soy el Cristo redivivo en la sociedad moderna. Y soy el Cristo moderno porque llevo mi guitarra y canto. Pero sepan ustedes que éste que tienen delante jamás mintió, ni sintió la envidia ni el odio, ni se dejó llevar nunca por los vicios de la carne que son el comer, el beber y el fornicar. Yo puedo jactarme de no haber fornicado nunca a los treinta y tres años cumplidos. No me interesa. Para mí las mujeres son como animalitos que hay que respetar porque cumplen su misión en la vida como cualquier otro ser y nada más. Hay que acercarse a ellas y convivirlas porque en ellas el hombre se reproduce y así se perpetúa la especie, pero a mí me dan lo mismo. Yo ni las amo ni las detesto, ni me atraen ni me repelen. Yo soy único... ¡El que pretenda ser igual a mí o igualarse a mí que se me acerque, para que yo lo vea!

Yo no sé si esta perorata se la tenía «el Cristo» aprendida y la echaba (la discursaba) cuando él lo creía oportuno. A mí me pareció, cuando en un bar del Midí de Bruselas por primera vez lo vi, que improvisaba, que al hablar no repetía como un loro la lección aprendida. Después, según lo traté y lo fui conociendo, me di cuenta del «caso humano», el tipo de desequilibrado que catalogaba su persona. Procuraré explicarlo.

«El Cristo», contrariamente al criterio de muchos, quizás de la mayoría, no era un loco, no estaba loco. «El Cristo» estaba bien cuerdo y era un hombre sensato

y muy prudente en todo, menos en lo que tocaba a «su arte». Aquí es donde fallaba. En cuanto la conversación giraba y él sacaba el tema de su persona como artista (pintor y músico), entonces es cuando despotricaba, decía disparates, se ponía mimoso, se embestia contra los «fariseos del arte» que lo molestaban y se reían... se reían siempre.

¡Pobre Cristo! ¡Cuántas palizas se llevó! ¡Cuántos insultos! ¡Cuántos desengaños!

Se divertieron mucho con él. Lo hacían cantar, lo emborrachaban, le tiraban de las orejas, lo escupían. Y sin embargo era puro, incapaz de ofender intencionadamente a nadie. Era un niño crecido, un alma de Dios... Y era artista. No voy a decir un gran artista, pero era artista. El captaba la belleza de las cosas y le «sacaba poesía a la vida», como él decía, incluso a su misma vida miserable.

Ya había pasado mucho «el Cristo» cuando llegó a Bruselas. En Italia aguantó hambre, pues allá con su «música» no había nada que hacer; en Austria, frío; en Francia, ridículo y desprecio por parte de sus compatriotas que conoció en París; y en España, antes de «lanzarse al mundo», la incomprensión de los suyos allá en el pueblo vasco donde nació y todas las amarguras de un joven de familia modesta lleno de inquietudes y vacío de coraje para los trabajos manuales más o menos duros. El reconocía su incapacidad para el trabajo muscular y en cada ocasión trataba de justificarse:

—El trabajo brutal, el que embrutece al hombre y le embota los sentidos, no se hizo para mí —decía—. Yo nací artista y todo artista se debe a su arte. Yo siento pero a mí que no me pongan la pala en la mano, ni el lápiz del oficinista. ¡No lo consiento!

—Pero tú, Cristo —le decía algún socarrón—, tienes que reconocer el deber de todo hombre de trabajar para ganarse el sustento. Es una vergüenza vivir del trabajo de los otros.

—¡Yo trabajo a mi manera, con mi arte! —gritaba entonces—. Y yo no vivo del trabajo de los obreros, como los curas y los políticos. ¡Yo vivo del niño tonto y del burgués babieca que se embohan cuando les canto una canción «ye-yé»! ¡Yo no tengo la culpa! ¡No me considero culpable de la estupidez humana, y yo tengo que comer!

—Anda, cántanos «El vagabundo»...

Y «el Cristo» cantaba. Era tan bueno que cantaba y cuando al final iban a darle algunos francos, los rechazaba.

—¡Guárdate eso para tí! —le gritaba al dadivoso—. ¡Tú eres un emigrante como yo y yo no exploto a los emigrantes!

Y «el Cristo» sonreía diabólico y miraba reposadamente a la concurrencia, siempre a las mujeres de reojo. Después, si era invierno, se enfundaba la bufanda enorme que tenía como único abrigo y se botaba a la calle. ¿A dónde iba? No lo sabemos. A veces tardaba varios días sin aparecer. Es cuando llegaba escuálido, ojeroso, amarillenta la piel del rostro y transparentes las orejas. Y una vez apareció todo magullado, los labios reventados y un ojo hundido. Le habían dado una paliza terrible en Ostende unos marinos.

—¡El Cristo apaleado, escarnecido! —vociferó al penetrar en el bar donde se hospedaba—. Me dejaron medio muerto, y yo sé que si me cogen en descampado me matan del todo, me crucifican. Pero yo los perdono, pues estaban borrachos y no sabían lo que hacían. Los

perdono a todos menos a uno, al español que presencié la paliza y no salió a defender a un compatriota en peligro. No solamente no me defendió sino que se reía, se reía...

—Cristo —le dijimos—, seguramente tú te metiste con ellos, y el día menos pensado te va a costar caro...

—¡No! ¡No me metí con ellos! —vociferó—. Yo solamente les dije que los amaba como a hermanos. Les dije que yo podía redimirlos, que yo era «el pastor» entre ellos y que ellos constituían mi rebaño, mis ovejas. Entonces uno mal encarado con cara de italiano se me tiró al pescuezo. Y así empezó la zapatista... Aguanté como pude patadas y mordidas, pero los perdono. Al que no perdono es al ibérico. Me resonarán por mucho tiempo las carcajadas del ibérico en la herida de la oreja...

A los pocos días de la paliza de los marineros, «el Cristo» cayó con gripe. Le atacó fuerte, pues estuvo una semana apalancado en la cama, ardiendo en fiebre. Más de una semana estuvo encerrado en su habitación, sin bajar al bar. Cuando al fin bajó parecía un espectro. Flaquisimo, arrugado y barbudo, tambaleante se abrió paso entre los que se agrupaban en la barra y se encaró con el patrón, un catalán regordete con cara y ojos de elefante:

—¡Tú eres una alimaña, una miñoca, una lagartija inmunda sin corazón ni conciencia! —empezó a gritar—. ¡Me has visto día tras día muerto de hambre y frío y no te has acercado a mí! ¡Me voy para siempre! ¡No me verán más por aquí! ¡Me voy con mi esqueleto a otros países, a vivir entre otras gentes que no sean esclavos de la tripa...!

**Decía verdad. A partir de aquel momento no se vio más al «Cristo» en Bruselas. ¿A dónde se fue? Misterio. Aún sigue siendo para muchos un misterio la desaparición del Cristo. ¿Estará vivo? ¿Estará muerto? Quién lo sabe...**





## UN HOMBRE VALIENTE

Al llegar aquí, a estas alturas de mis relatos que, como he dicho en la presentación, son entresacados de «la trama de la emigración» y se ajustan a una realidad vivida y a una sinceridad, quiero en este capítulo sacar a relucir la personalidad de un emigrante distinto, de un emigrante que por su capacidad intelectual, sus inquietudes de todo orden y su valentía, se aparta un tanto de la tónica común de la ingenuidad y la sencillez que caracteriza a la mayoría de los personajes hasta aquí descritos.

Este de hoy es un personaje «fuera de serie», a mi modo de ver. Fuera de serie en este mundo de la emigración española a Europa, constituido en todos sus contornos por hombres y mujeres sencillos, hombres y mujeres del campo o la ciudad que no supieron otra cosa que trabajar y cuya instrucción la mayoría de las veces no pasó de la simple escuela pública. Sé que existe también en Europa una minoría de españoles más o menos intelectuales, hombres con carreras universitarias incluso que encontraron mejor acomodo en Francia, en Bélgica, en Alemania antes que en España. Esto sin contar a los exiliados. Los exiliados pertenecen a otro tema. Yo me limito al tema de la emigración.

Personaje fuera de serie, repito, raro y original en el vasto ambiente de la emigración, este personaje de hoy. Lo vi por primera vez en el Ayuntamiento de Bru-

**selas. Yo esperaba mi turno para la renovación del carnet de identidad cuando unas palabras violentas pronunciadas primero en castellano y seguidamente en francés me hicieron mirar al fondo de la sala donde se aglomeraba un enorme contingente de extranjeros de las más diversas nacionalidades. A lo último de todos, un español enfundado en su abrigo negro de grandes solapas se encaraba a un policía. Mujeres y hombres griegos, italianos, yugoslavos, españoles... todos contemplaban mudos la escena. El guardia, cruzados los brazos por la cintura y firme como un poste, semejaba la estatua viviente del arrogante gesto dictatorial. El español del abrigo, con los brazos levantados, amenazaba al guardia y le gritaba a la cara:**

**—¡Es la tercera vez que vengo y no vuelvo más!  
¡Los extranjeros también tenemos nuestros derechos!  
¡Que aumenten el personal si el que hay no es suficiente, pero estas colas desde el amanecer es una vergüenza!  
¡El alcalde! ¿Dónde está el alcalde que lo voy a espabilar?**

**En el instante en que el español del abrigo se encaminaba gritando en busca del alcalde, vinieron dos guardias corpulentos y lo echaron a la calle. En la calle, el español desafió a los dos guardias. Y claro, se llevó una paliza, pues le embistieron con las porras.**

**Me había olvidado casi de aquel incidente en el organismo municipal entre el español reivindicativo y los guardias corpulentos cuando el azar me deparó la ocasión de conocer al valiente compatriota, de tratarlo, de llegar con él a una íntima amistad.**

**Fue en Waterloo, en el pueblo de este nombre distante de Bruselas unos veinte kilómetros y en cuyos campos se decidió en 1.815 la historia de Europa al ser**

vencido Napoleón por las tropas inglesas y el despiste de un general ramplón. En Waterloo hablé por primera vez con Pepe Santana. Yo había ido contratado como peón de la construcción y allí apareció Pepe Santana a trabajar también de peón. Por lo visto había prisa en la edificación de un convento y fuimos contratados por la empresa un centenar de emigrantes españoles, todos peones...

Armados de pico y pala, los españoles nos encaminamos al lugar del trabajo, un campo cenagoso y enfangado donde una cabaña tipo almacén y un par de grúas eran el único indicio de «la huella del hombre». Al mando de un capataz, un «flamand» altísimo y escurido de hombros que usaba cachucha, nos pusimos a la tarea, o sea a cavar las zanjas para los cimientos del edificio. Asturianos, gallegos, andaluces, castellanos, navarros... allí cavábamos todos. Y yo pensaba que si el emperador francés hubiese tenido un batallón de tan buenos paleadores para hacer trincheras, los ingleses no se hubiesen salido con la suya, ni los prusianos.

A los cuatro días de paleo enterrados en fango hasta las rodillas fue cuando vine a conocer a Pepe Santana. Los españoles trabajábamos separados en equipos de diez y al llegar Pepe Santana, solo, a pedir trabajo, fue incorporado a mi grupo en sustitución de un andaluz que se había herido con el pico en un pie. Con la pala al hombro, al llegar junto a nosotros él mismo se presentó:

—Soy Pepe Santana —dijo con su voz de bajo mirándonos a todos—. Soy un español más como ustedes descarriado por estos pueblos fríos de Europa...

—¿Descarriado has dicho? —le contestó un andaluz chiquitito y arrogante—. Descarriado tú, que yo bien aposentado en el país que me encuentro.

Pepe Santana se limitó a contestarle muy serio:  
—Bueno... será que a ti en España como fuera de España te sienta bien el paleo; naciste para eso... Hay muchos así.

No pasó la cosa a mayores... Todos nos llevábamos bien y cuando sonaba la sirena al mediodía nos desperdigábamos en grupos a comernos el bocadillo. En cinco minutos nos zampábamos el pan con el queso o el chorizo y después teníamos casi media hora para charlar y descansar. En una de estas comidas fue cuando Antonio «el Anarquista» reparó en que el nuevo compañero no comía.

—¿Y tú no bufas? —le dijo—. Toma, mata el hambre con eso— y le tiró una lata de sardinas y un cacho de pan.

Recostado como estaba, Pepe Santana, sonriente, cogió las sardinas y se las comió, sin decir nada. Más tarde, cuando se consolidó nuestra amistad, me confesó que en aquella ocasión hacía tres días que no probaba bocado y que aceptó las sardinas del «Anarquista» por temor a caerse desmayado en el trabajo y porque «el Anarquista», a fin de cuentas, era un tipo que le caía simpático.

No duró Pepe Santana en Waterloo más de dos semanas. A los quince días justos lo echaron del trabajo, como nos echaron después a muchos otros. Todo empezó cuando Pepe Santana se enfrentó al capataz de la cachucha y le dijo que ya que estaba siempre encima de los obreros reconviniéndoles, que al menos lo hiciera en buen francés y no con aquella pronunciación defectuosa, que estudiara el idioma por las noches en su casa y que si no llegaba a dominarlo era preferible que se dirigiera a los españoles en «flamand» y él, Pepe

Santana, se prestaba gustoso a servirle de intérprete.

No perdonó el capataz belga la «lección de idiomas» al peón español. Desde aquel momento le cogió «entreojos», a él y a todos los del equipo que trabajábamos en la misma zanja. Si antes nos vigilaba a cara descubierta ahora lo hacía agachándose y asomando de improviso la cachucha por encima de la zanja. Se lo habíamos advertido al «Anarquista» y al «Novillero», que solían enredarse en discusiones sobre toros sin hacer caso de la pala. Y sucedió lo que temíamos: la aparición del capataz cuando el «Novillero» le daba con su chaqueta unos pases al «Anarquista» tratando de demostrarle, después de larga discusión, que Manolete no había sido muerto por la bravura del toro, sino que se había suicidado frente a un toro normal. Desde que columbramos la cachucha del «flamand» por lo alto de la zanja todos gritamos queriendo avisar a los enfrascados en la «lidia», pero éstos no oían y siguieron las faenas hasta el final de la demostración, lo que nos costó a todos el despido por «negligencia y escaso rendimiento en el trabajo». No nos llamó la atención que el primero en ser llamado por el ingeniero y despedido fuera Pepe Santana...

Sin ocupación y sin saber qué hacer, Pepe Santana y yo nos fuimos al «Bureau du Chômage» (Oficina de Paro) donde nos incluyeron en la lista de los «sin empleo». Había cierta crisis laboral por aquella época y aunque yo tenía derecho al «subsidio de paro», no así Pepe Santana, quien decidió volverse a Viena, de donde había venido.

—En Viena no me faltará trabajo —dijo mi amigo sin preocuparse mucho de su situación—. Los austriacos me van bien, a pesar del «freudianismo» que se res-

pira por todos sitios. Sí, me volveré allá y así practicaré aún un poco el alemán. Ya que no terminé mis estudios en España me dedicaré a saber idiomas. Esto podrá servirme, si acaso algún día vuelvo a España, para obtener un empleo de culichiche de agencia de viajes o de recepcionista en un hotel de turismo. ¿Qué le voy a hacer?

Pero no se fue Pepe Santana a Austria. En los preparativos del viaje estaba cuando apareció Manuel «el Anarquista» con la noticia de que en una fábrica de cerveza pedían una veintena de obreros para la carga y descarga de camiones. Yo me enrolé también y al siguiente día estábamos todos trabajando. A la semana, yo no sé cómo se las ingenió «el Anarquista» que le dieron una plaza de conductor, y allá nos fuimos con él Pepe Santana y yo como ayudantes para la distribución y reparto de la cerveza por bares y cafetines.

Salíamos a media mañana, con el camión bien repleto de cajas de cerveza, y muchas veces regresábamos avanzada ya la noche. El horario no era controlado. Nos daban una lista de los clientes y con tal de que al siguiente día por la mañana estuvieran todos servidos nuestra labor estaba cumplida. El trabajo era bueno, fácil, «amusante». En cada bar, como nuestro chófer nunca admitía propinas, nos invitaban a lo que quisiéramos tomar. Todos nos respetaban y, en nuestra condición de obreros, nos considerábamos dignos de nosotros mismos y de aquella sociedad educada y próspera que nos acogía como a iguales. Todavía no había empezado el «éxodo masivo» de extranjeros que más tarde abarrotaría el país y ningún síntoma de xenofobia se manifestaba en la calle.

Después de bajar la cerveza a la cava del bar, nos

sentábamos un rato para hacer la liquidación y tomar lo que quisiéramos invitados por el patrón o la patrona, a veces por algún cliente eufórico... Bares modestos de barrios populares y elegantes bares del centro de la ciudad, en nuestro diario recorrido en las distintas horas del día y de la noche tuvimos ocasión de ir conociendo un tipo de humanidad completamente ignorado por nosotros. Incluso llegamos a trabar relaciones de amistad con personas que encontrábamos siempre a la misma hora en el mismo bar. Tal fue el caso del «Anarquista» con un individuo que siempre veíamos en un rincón del fondo de un «bistrot» del populoso barrio de Anderlecht. La amistad se hizo tan grande que a los pocos meses de conocerse, «el Anarquista», nada más soltar el camión en la cervecería y salir corriendo a reunirse con su amigo, era todo uno. Y esta fue la perdición de nuestro compañero. Un día nos anunció que a la mañana siguiente partiría para América contratado para «una delicada misión secreta» y no lo volvimos a ver más. Meses después nos enteramos por el dueño del cafetín de que el amigo de nuestro amigo era un «gánster disfrazado de político», de nacionalidad francesa, y que según noticias particulares que tenía había sido apresado en un contrabando de armas con toda su banda, en la que figuraba un español residenciado en Bruselas. No admitimos la duda de que éste fuera el «Anarquista» y Pepe Santana y yo lamentamos de verdad la suerte de nuestro amigo. Cárcel iba a tener para rato...

También Pepe Santana se encontró «una amistad» que casi le cuesta cara. Casi le cuesta nada menos que el pasar de hombre soltero a hombre casado. Resultó que en uno de los bares más o menos refinados



la patrona tenía una hija que era un verdadero monumento, una hembra de tronío. Unas veces ésta le ayudaba a su madre en la barra y otras se sentaba en el bar a leer, sin hacer caso de los clientes; es decir, que no hacía de «serveuse». Yo no sé cómo surgió la cosa pero lo cierto es que «la niña», cada vez que llegábamos al bar, se aferraba con la mirada a Pepe Santana que no parecía sino querer comérselo de pies a cabeza. Y en una ocasión en que estábamos en la cava colocando la cerveza por poco se produce la hecatombe. Imagínense ustedes que la niña llega y se cuelga del pescuezo de Pepe y lo arrastra hasta el fondo del sótano. «Mi español, hombre español mío solo»..., le decía, y lo empujaba. Entonces me decido a dejarlos y que «pasara lo que pasara» cuando en el último peldaño que da al bar me encuentro, al abrir la puerta, a un tipo rubio y ancho de espaldas que profiere en neerlandés frases precipitadas y que quiere bajar. «No puede usted pasar», le digo en francés. Y el tipo me contesta, encarándose conmigo y manoteando: «¿Que no puedo pasar, si soy su novio! ¡Yo soy el fiencé, soy su fiencé!». Visto el peligro, me armé entonces de toda mi sangre fría y, haciéndome el medio borracho, insistí en que el «fiencé» tenía que tomarse una copa conmigo. Cuando al rato Pepe apareció y después «la niña», toda enrojecida de rojo el rostro, brindamos en la mejor de las camaraderías por la hermandad y confraternidad ibero-flamenca...

Ahora bien, la niña tomó por lo visto lo del sótano a pecho y he aquí que sin más ni más una noche aparece con «su maletita al brazo» en casa de «su seductor». No pretendía nada más ni nada menos que quedarse allí con él, vivir con él. Pepe vino corriendo a consul-

tarme y yo le dije que no lo consintiera, que la echara como fuera, que era menor y los padres bastante influyentes. ¡Qué va! La enamorada lloró, suplicó, imploró, y así logró pegarse una semana enterita entregada a su pasión, sin Pepe poder hacer nada por las buenas ni por las malas. Bueno, esto me decía él...

Y ocurrió que los padres denunciaron la desaparición de su hija y la policía buscaba al «raptor o asesino» por todo el reino.

—¡Tienes que escapar embalado, Pepe! —le decía yo tratando de hacerle ver el peligro—. ¡Corre, coge el tren, escapa esta noche misma!

—¡No puedo! —me repetía él—. ¡No puedo hacerlo! ¡Seré entonces un criminal, pues ella dice que se mata, si la dejas!

—No se matará. No tanto, hombre, no tanto...

—Tiene un revólver. Me lo enseñó.

—Pues quitaselo.

—No puedo quitárselo. Lo tiene trancado en la maleta.

—La maleta se la abres...

—¿Y la llave?

—Las maletas, si no hay llave, se abren de una patada...

Y Pepe huyó. En el mismo día cruzó la frontera, quedándome yo encargado de convencer a «la enamorada» de que volviera a su casa. Al fin lo logré... Los padres al principio quisieron complicarme en el asunto, pero después se resignaron a «lo que viniera» y me dejaron tranquilo.

Mi amigo, en su carrera, no paró hasta Grecia. Recibí carta de Atenas diciéndome que para su estado de ánimo ningún país mejor que aquél donde el cojo poeta

inglés (Byron) encontró heroicamente y estúpidamente la muerte batiéndose por una causa que él creía romántica y que a fin de cuentas no dejaba de ser uno de tantos líos politiqueros a los que algunos humanos son tan aficionados.

Seguimos Pepe Santana y yo en constante comunicación epistolar hasta que le di la noticia, según me había enterado, de que aquella que decía matarse si era abandonada había «contraído» con su novio el flamenco. «Pues entonces salgo seguidamente para allá», fue su escueta respuesta.

Llegó Pepe Santana casi desconocido en físico y figura. Flaco, demacrado, afilado el rostro como un Manolete yacente, saltaba a la vista el hambre que había pasado.

Con aquel su estilo tan característico, me contó mi amigo las peripecias del viaje y todo lo que había pasado en la patria de Ulises. Su despiste al principio, su esfuerzo por encontrar trabajo antes de que se le terminara el dinero, sus privaciones, su agonía espiritual...

—También tienes tú ocurrencias —le dije en tono festivo—, a nadie se le ocurre irse de un país próspero como éste a otro subdesarrollado.

—Tenía ganas de ir a Grecia —me contestó—. A excepción de Rusia y comparsas ya puedo decir que conozco todos los pueblos de Europa. En Grecia, a pesar de los contrastes terribles de la opulencia y la miseria, se respira el arte, la grandeza de alma de aquellas gentes, al contrario que en España.

—Pues mira, pudiste haberte ido a España. Seguramente no hubieses vuelto tan flaco.

—¿A España para qué? Todavía no. No me interesa. Ya estuve allá hace un par de años y no duré una

semana. Todo sigue igual... No pude conseguir una ocupación digna. Allí sigue todo acaparado, sigue campando el favoritismo y la adulonería. Y mucha presunción, sobre todo por parte de los nuevos ricos, de los que se han enriquecido con el turismo, o mejor dicho de los que se han enriquecido especulando con los terrenos de las zonas turísticas. Amigo mío... llevo ocho años dando tumbos por la vieja Europa y seguiré dando tumbos...

—A ver si un día te tumban de verdad... Ya con el asunto de la fulana del bar te echaste una buena escapada...

—Bueno, eso son contratiempos que todo español debe aguantar cuando se echa fuera, cuando se aleja de España...

Quién me iría a mí a decir que esto a lo que mi amigo llamaba «contratiempos» sería su ruina, su desdicha, su muerte. Precisamente estaba contándome su encuentro en el tren y discusión con un jesuita catalán que se dirigía a Holanda, cuando tocaron a la puerta de forma rara. Estábamos en su habitación, donde solíamos pasar algunas tardes hablando «de todo». Seguido de los toques, entró la vieja del piso bajo que hacía de portera y, como asustada, dijo que dos individuos de «pinta» extranjera querían hablar con él... Hacía frío. Y Pepe Santana se puso el abrigo de grandes solapas y bajó, sin decir nada. Desde la pequeña ventana de su habitación vi cómo a la invitación de los dos hombres subió a un coche con ellos y desapareció. Fue la última vez que lo vi.

Al pasar los meses sin la menor noticia, ya no me cupo la menor duda de lo que había sucedido. Por una carta fechada en Atenas recibida al siguiente día de su

desaparición y que la portera me había entregado y yo me resistía a abrir esperando saber su paradero, supe la verdad.

La carta, escrita en francés, decía así, textualmente: «Al llegar «él» de Chipre se enteró de todo. Bajo amenaza de muerte tuve que confesarle la verdad. Huye enseguida, escóndete, pues ha salido esta mañana para Bruselas en avión y va a matarte... Y si esto sucede, ¡oh, español, mi amor, mi único y terrible amor!..., si esto sucede yo me suicidaré... me arrojaré de cabeza a las aguas del Egeo».

Yo no sé, nunca pude saberlo, si la apasionada helénica acabó sus días sumergida bajo las olas del mar. Sólo puedo decir que de estos hechos que acabo de relatar han pasado varios años y que, de vez en cuando, sin yo quererlo se me encarama a la memoria el recuerdo de mi amigo Pepe Santana... ¿En qué lugar le dieron muerte y lo enterraron? ¿Dónde reposan sus huesos?

Sí, de vez en cuando yo me acuerdo de mi amigo Pepe Santana y cada vez me reafirmo más en el concepto que de él siempre tuve: un hombre íntegro, inteligente, bueno... Un hombre que nunca quiso hacer a nadie mal pero que tuvo la desgracia de que las mujeres, al oírlo hablar, quedaban de él prendadas, enamoradas, a pesar de su cara escurrida y su figura enjambilada de paso incierto y caminar distraído...



## EL NOVILLERO QUE NO LLEGÓ A DIESTRO

Era cordobés. Dámaso Duarte era cordobés y en su juventud, según decía él, había sido novillero. Un novillero que no llegó a obtener la alternativa «por mor» de su novia, que se le murió la vispera del gran acontecimiento y él se puso muy triste y lloró y al siguiente día no tuvo ánimos para saltar a la arena.

Dámaso Duarte se expatrió para olvidar amores, para curarse del dolor de la novia muerta. Estuvo en Francia algún tiempo, pero la dulce Francia le resultó amarga. Era la época revoltosa de los atentados argelianos y nuestro amigo cordobés, por su tez morena y su pelo enmarañado fue confundido con un descendiente de Mahoma en un enfrentamiento callejero entre policías y árabes y fue a dar con sus huesos en la cárcel.

—Al salir de la cárcel estaba deshecho —me contaba Dámaso años después cuando nos conocimos en Bruselas—. Salí otro hombre distinto. ¡Cuánto aprendí entre los presos! Quien no ha estado en una cárcel francesa entre criminales, ladrones y también inocentes, no puede saber lo que es la vida, lo que es la humanidad, de lo que es capaz el hombre... Yo resistí porque me acordaba de mi novia muerta... ¡Muerta la vispera de mi alternativa! Y yo sé que ella desde su tumba cordobesa llena de flores estaba conmigo, compartía conmigo mi dolor, mi desgracia...

—¿Y cómo se te ocurrió venirte a Bélgica en vez de volverte a España? —le dije.

—Eso debí de haber hecho, pero no tuve la enjundia de volver a mi tierra sin gloria ni provecho ni nada... Sin dinero, sin coche, sin máquina fotográfica y otras cosas, pensé que todos se reirían de mí y en vez de tirar para abajo tiré para arriba... Creía que aquí, trabajando duro, en un par de años podría medrar algo y ya ves... lo mismo que cuando llegué, o peor.

—Yo no sé lo que les pasa a ustedes, a los carpeto-vetónicos peninsulares, que si no vuelven con coche al pueblo son capaces de pasar por todo lo ruin que en la vida hay. Por eso muchos se han aguantado en la emigración años y más años y por eso muchos han desquiciado sus vidas. Yo te aconsejo, Dámaso amigo, que te vuelvas a tu casa lo antes posible. Estás derrumbado moralmente, y cada día que pase te irás escachando, escachando tú mismo el poco empuje que te queda, y entonces serás hombre al agua, como tantos otros que se aguantaron en la emigración y sucumbieron sin remedio... Arranca cuanto antes. Haz la maleta, si la tienes, y arranca, tira para abajo.

No me hizo caso el novillero que no llegó a diestro y en vez de coger la frontera francesa camino de España «puso rumbo al norte», cruzando la frontera holandesa. No supe nada de él en varios años y me supuse que de Ansterdam, donde lo habían visto, se metiera en un barco y llegara a América.

Asómbrense ustedes ahora de lo que voy a decirles... Yo acostumbraba de tiempo en tiempo visitar un bodegón de los alrededores de la Gran Plaza para saludar a unos amigos pintores que allí solían reunirse: Julio Viera, con sus bíblicas barbas y su pincel hecho de pelos de sus propias barbas; Carlos Morón, de escuálida figura aún más quijotesca que la del triste caballero



cervantino; Juan Ramírez «el Fabiolero», que así lo llamábamos por los tantos retratos hechos a la reina; Moyano el chileno, siempre extático seguramente del hambre y que más tarde murió en París como un «clochard», sin perder su prestancia calavérica... De charla entre éstos, me fijo en una pareja de melenudos desarrapados a los que en una mesa próxima le hacían corro otros melenudos y melenudas cada cual en su extraña vestimenta de pantalones vaqueros y camisas de colores, sucias. En esto la pareja se «desabrazó» y la hembra con pantalones, una pelirroja de cara redonda y ojos de color azul intensísimo, cogió la guitarra que yacía abandonada y la colocó sobre las rodillas de su compañero. Este, con gesto cansado o más bien indolente, pulsó unos acordes y empezó a cantar, despacio, arrastrando su voz grave y rota y mezclando el francés con el castellano en las frases sueltas repetidas una y otra vez a todo lo largo de la canción: «Vous êtes des bourgeois ratés... Todos, ellos y ellas son burgueses fracasados... La vie n'existe pas... mensonge, mensonge la vie, et l'homme, et la femme, et tout ça qui est né et un your ne sera plus... Mentira todo, el hombre y la mujer y todo lo que ha nacido y un día morirá»...

La canción seguía y los melenudos y las melenudas fumaban y se abrazaban uno al otro como niños que tienen frío. La canción seguía monótona, triste y machacona con las mismas frases repetidas del «vivir y el morir»... Y mi asombro no tuvo límites cuando reparé en que el peludo trovador no venía a ser otro sino el novillero cordobés de la novia muerta. ¡Dámaso Duarte hippie! ¡Increíble! Y como no quería estar soñando me acerqué a él cuando dejó de cantar y se abrazó a su pelirroja de ojos intensísimamente azules.

—¡Dámaso, hombre, qué haces! —grité en todo de saludo.

Sacudiendo la enorme melena enmarañada me miró turbiamente y con voz entrecortada y rota me dijo, sin muestras de enfado, sin emoción:

—Vete. Tú no pintas nada aquí. Vete con los tuyos. Tú eres como ellos: un pobre vulgar burgués raté...

—¡Pero hombre, Dámaso!

—Nada. Que te vayas te digo. Déjame con los míos. Déjame con los que miramos la vida con los ojos verdaderos de la verdad. Ustedes no viven. Ustedes son sombras de ustedes mismos. Ustedes son la mentira del mundo. Ustedes, los que trabajan y comen y trabajan para comer mejor, son todos una mentira reverenda... Y los otros, los que en la sociedad están por encima de ustedes y los mandan, son aún peores: son la vergüenza de la creación... Vete, anda, vete...

De pie como estaba di un paso atrás. Sin mirarme, Dámaso Duarte se volvió hacia la pelirroja y empezó a besarla. Y allí los dejé, abrazados, como dormidos...

Cada vez que leo en los periódicos algo sobre los hippies, sobre todo de los que en las ciudades de Holanda arman de vez en cuando sus líos y la policía tiene que intervenir, me acuerdo de Dámaso Duarte, el novillero que no llegó a diestro porque la víspera de la alternativa se le murió la novia cordobesa y él la enterró y cubrió su tumba de flores.

¿Qué habrá sido de él? ¿Por dónde andará?



Julio Viera  
69

## LA CASA Y LA TIENDA

—Yo creo, Pascuala, que lo mejor es que me vaya al extranjero a trabajar. Se están yendo muchos... Después te mando a buscar y allá viviremos mejor que aquí. A los chiquillos no les faltará nada, no pasaremos necesidades, no aguantaremos tantas miserias... Sí, allá viviremos mejor que aquí.

Rafael Reguilete se quedó mirando a su mujer por lo bajo de las gafas, tratando de observar la impresión que le habían hecho sus palabras. Pascuala cosía, y sin mirar casi a su marido, como no dándole importancia a la cosa repuso, traqueteando con la aguja:

—¿Y a qué país piensas irte? ¿Tú estás seguro de que estando lejos de mí trabajarás y no te dedicarás a divertirte?

—¡Qué cosas dices, Pascuala! —exclamó con un tono de voz un poco apagada Rafael Reguilete—. Como si no me conocieras... Si me voy será a Bélgica, a trabajar en las minas. A América sería el ideal, pero sin dinero es imposible. Para Bélgica pagan el viaje...

No le costó mucho a Rafael Reguilete convencer a su mujer y a los pocos días ya vemos a nuestro hombre con su ancha maleta de cartón subirse al tren en la alegre estación andaluza llena de vendedores, a donde fue a despedirlo Pascuala vestida de encarnado y con el chiquillo más pequeño de la mano.

—¡Adiós, Rafael! —gritaba según el tren se iba ale-

jando—. ¡Adiós, adiós, y no te olvides de tu Pascuala y tus retoños! ¡No bebas! ¡No salgas de noche! ¡Trabaja duro y mándanos mucho dinero! ¡Adiós... Adiós...!

\* \* \*

Bregó Rafael Reguilete como un demonio en la negra noche minera. Siguiendo los consejos de su mujer, no se bebía ni una cerveza los domingos por la tarde cuando los mineros se reunían para pasar el rato en un bar de la Louvière, pueblo carbonero cercano a Mons. Los otros sí bebían, y se divertían jugando a las cartas y bailando con las belgas, según los gustos. Rafael no. Rafael algunos domingos se iba al cine para olvidarse un poco del carbón y las fatigas subterráneas...

A los cinco meses, más o menos, apareció en Mons Pascuala con los cinco chiquillos, el mayor de doce años, el menor de tres. Ya estaba el matrimonio de nuevo reunido. Ya a Rafael no se le hacía tan negra la mina, ni tan sucia, y Pascuala empezaba a gozar de una vida jamás soñada, viviendo en una hermosa casa, bien montada con muebles de ocasión y con la despensa llena de todo: fideos, arroz, garbanzos, etc.

En el hogar de Rafael y Pascuala no faltaba nada. Los muchachos, gordos como cualquier hijo de burgués andaluz, iban a la escuela y crecían saludables, a pesar del frío del invierno y las lluvias del verano. El que seguía algo flaco era Rafael Reguilete, pero eso era por el tanto sudar abajo en el pozo hondo de la mina.

El matrimonio era feliz, muy feliz. Y no me digan nada ustedes cuando empezó Pascuala a «hacer horas» de sirvienta, a treinta francos la hora. El presupuesto familiar se redondeó y empezó el ahorro en firme. Ella

enseguida se hizo con su cartilla y todos los meses ingresaba en el Banco, a su cuenta, el sueldo entero que ganaba y parte del de su marido.

—En pocos años, Rafael, tendremos para comprar una casa en el pueblo —le decía Pascuala a su hombre, cada vez más flaco—. Y cuando el Pepe, que ya tiene trece años, empiece a trabajar, podré meter más dinero en mi cartilla... Yo he pensado que podríamos abrir también allá una tienda...

—Si... también una tienda —murmuraba Rafael como sonámbulo, vencido por el sueño y el cansancio.

\* \* \*

A los siete años justos de emigrar, Rafael y Pascuala decidieron volverse a la Patria.

—Medio millón... ¡Hemos llegado al medio millón de pesetas, Rafael! Nos llegó la hora de volvernos al pueblo... Tendremos casa propia. y yo abriré una tienda.

Y regresaron a la Patria, al pueblo. Pero no toda la familia. En Bélgica quedaron Pepe, de diecinueve años, trabajando de mecánico y con su novia española; Juan, de dieciocho, técnico en radio y televisión, y Pascualita, hecha una gran costurera y con su rubio novio belga.

En el pueblo, efectivamente, compró el matrimonio su casa y Doña Pascuala abrió su tienda.

Y aquí se termina el relato. Como ustedes ven, una estampa real de la emigración. Un matrimonio que se va al extranjero y trabaja y lucha y vence. Un matrimonio abnegado, ejemplar como tantos miles de matrimonios españoles. Así es la emigración... Así debiera ser siempre la emigración, para contento y orgullo de muchos españoles, de España entera... Aunque después algunos hayan dicho que Rafael Reguilete volvió de Bélgica silicoso.



## EL CANARIO Y EL MILLÓN

Durante los años que he vivido en Bélgica he podido comprobar tres categorías de emigrantes: los que en posesión de un contrato de trabajo no encontraban dificultad alguna y desde el primer día quedaban trabajando, los que en calidad de «turistas» aparecían a la deriva y no dejaban de pasar lo suyo hasta encontrar ocupación, y los que desde otros países de Europa como Francia, Suiza, Alemania, (a donde fueron contratados y allí laboraban) dejándolo todo recalaban por Bélgica en busca de mejor trato y mejor ambiente... A estas tres «suertes» de emigrantes desperdigados por todo lo ancho del territorio belga, puedo ajustar aún otra: la de los que no llegaban de España ni de otro país europeo, sino de América.

Sí, también a Bélgica llegaban españoles que habían emigrado a las repúblicas iberoamericanas. No eran muchos, pero bantantes llegaban. Bastantes he conocido que después de pasar años y años bregando en el Nuevo Continente en pos de la airada fortuna, se volvían al Viejo en busca de lo mismo, de mejor fortuna. Y yo me preguntaba que cómo era posible volverse atrás, desandar el camino después de «la proeza» de llegar a América, tan lejana. Consideraba como a privilegiados a los que habían podido hacer el largo viaje, y pagarlo. ¡América, la rica América, tierra de promisión de tantos desheredados!



Yo opinaba, y sigo opinando, que los que en Europa nos encontramos emigrados aquí estamos porque nunca tuvimos la posibilidad de «cruzar el charco». Sí, América fue siempre el sueño de muchos españoles, la ilusión de muchos pobres que jamás pudieron costearse el barco, y por eso aquí muchos nos vemos, aferrados al yugo a través de estos campos fríos de Europa, pasajeros del tren de última clase... a un paso de España.

Entre los múltiples arrepentidos de América, está Fermín Fuentes. Conocí a Fermín Fuentes en Colonia, la hacendosa y pulcra ciudad alemana a donde habíamos ido unos cuantos amigos para asistir al entierro de un compatriota muerto tragicamente en accidente de la circulación. El muerto radicaba en Bélgica y había ido a Alemania para visitar a un hermano enfermo, al que no llegó a ver. Cerca de Colonia el coche se salió de la autopista y fue a estrellarse contra un árbol, muriendo en el acto nuestro compatriota y sus dos acompañantes, un griego y un yugoslavo a los que había encontrado cerca de la frontera haciendo auto-stop.

Después de enterrar a nuestro amigo, mis compañeros se volvieron a Bruselas, dejándolo yo para el siguiente día con la intención de conocer la ciudad y al mismo tiempo captar el ambiente y condiciones de vida de los españoles emigrados en Alemania.

Colonia me gustó. Colonia es, como he dicho, una ciudad muy limpia, muy pulcra, muy alemana... Por todos sitios en Colonia resplandece la prosperidad. Yo la paseé en sus más importantes lugares y en otros de tono más humilde. Y comprobé el orden y la seriedad que no se ve en los países europeos del sur. Corroboré el concepto que siempre tuve de los «cabezas cuadra-

das»: gente seria, gente de orden. Sin duda en eso del trabajo y el cumplimiento del deber, ningún otro pueblo europeo se gana al alemán. Esta y no otra es la clave de su extraordinaria prosperidad, social y económica.

Pero todo en Alemania no es disciplina, trabajo, esfuerzo. También en Alemania, como en otros países, hay vicios, depravación. Borrachos, oportunistas, estafadores, gentes de mal vivir se encuentran por todos sitios, en todas las naciones y pueblos. Por eso no me extrañó que en contraposición a ese amplio sector austero y laborioso, en el que se hallan incrustados los emigrantes españoles, Colonia rezumara a ciertas horas y en determinados lugares los sabores más refinados del vicio y la degeneración.

Fue por los alrededores de la estación y en la misma estación ferroviaria que enlaza los trenes hacia el sur donde el espectáculo humano se presentó a mis ojos con más crudeza. Era avanzada ya la noche y las estampas depauperadas de unos hombres y unas mujeres completamente aniquilados por el alcohol y toda clase de excesos se sucedían como en una película realista las escenas cambiantes de la alegría, el gozo, la pena, la desesperación... todo mezclado, confundido. El ansia de vivir, de amar y gozar intensamente, se quebraba en los rostros ajados de mujeres jóvenes y hombres viejos, de mujeres viejas y hombres jóvenes, de tipos que no eran hombre ni eran mujer... Allí había de todo. Las prácticas a que se entregaban públicamente y disimuladamente aquellos seres no puedo describirlas, es mejor no describirlas. Y sin embargo aquellos seres a la deriva, aquellos desesperados, aquellos seres naufragos en la barca del gozo de los sentidos, por huma-

nos y porque como tú, lector, y como yo y todos los demás un día nacieron, son dignos del cristiano respeto, aunque no merezcan compasión...

Y ya me parece que me he extendido demasiado en «mis impresiones alemanas». Vuelvo al relato.

Como he dicho, conocí a Fermín Fuentes en Colonia, de pura casualidad. Era casi la madrugada y me notaba cansado de andar y andar cuando me dirigí a la estación con la intención de coger el primer tren que saliera para Bruselas. Como me dijeran que faltaba aún una hora, me fui a tomar algo a un bar próximo. Al momento de querer entrar me abordó un individuo alto y encorvado de hombros, moreno, macilento, de inequívoca pinta latina. Era Fermín Fuentes.

—¿Español? —me dijo cortándome el paso.

—Sí, español —contesté yo secamente apartándome a un lado con cierto recelo.

—No temas, no vengo a pedirte nada; sólo quiero estar un rato con un compatriota... Yo también soy español, de Canarias.

Entramos en el bar y lo invité. Después invitó él y cuando fue a pagar no tenía dinero. Se excusó:

—¡Caramba! Creía que me quedaban un par de marcos y veo que no. Bueno... otro día será.

—Otro día no será —le contesté—. Dentro de un rato salgo en tren para Bruselas, donde resido.

—No importa; allá nos veremos.

Ustedes no lo querrán creer, pero lo cierto es que a los cuatro o cinco meses de mi viaje a Colonia de repente me encuentro al canario en Bruselas. El momento y las circunstancias fueron muy especiales...

Como tantas veces, viajaba yo en tranvía cuando inesperadamente el vehículo frenó en seco, sin ser «pa-

rada», al tiempo que una señora ya avanzada en edad y con un sombrero muy grande empezaba a gritar:

—¡Mi monedero! ¡Me han llevado el monedero del bolso! ¡Ay, mi monedero! —y la vieja parecía desmayarse.

—¡Que no se mueva nadie! ¡Todo el mundo quieto! —chilló el cobrador mientras se abría y se cerraban las puertas del tranvía y él salía corriendo con la gorra en la mano.

No pasaron cinco minutos cuando aparece el cobrador seguido de dos guardias. Abriéndose la puerta trasera entran los tres, y empieza el cacheo, incluso a las jovencitas que según el guardia más corpulento las palpaba por todo el cuerpo se ponían encarnadas y alguna resoplaba, protestando tímidamente.

Cuando terminaron su faena los policías, sin encontrar el monedero de la señora con sombrero que suspiraba y sollozaba inconsolablemente, he aquí que un tipo alto, de tez morena y macilenta, avanza hacia el guardia corpulento y le dice, en un francés cachondo del español que lo aprendió por correspondencia:

—Ustedes no lo han encontrado, pero yo sé dónde está el monedero: lo tiene ése —y señaló con el dedo al cobrador.

Enseguida reconoció a Fermín Fuentes. Cuando al fin nos dejaron bajar del tranvía en la parada siguiente y al cobrador se lo llevaron los guardias y la vieja con sombrero le daba las gracias al canario sonriente y feliz, éste se me acercó. Poniéndome la mano sobre el hombro como si nos conociéramos de toda la vida, con la mayor naturalidad del mundo me dijo, sin saludo ni nada:

—¿Lo ves? ¿No te decía que aquí nos veríamos?

Yo, que no acababa de salir de mi asombro por lo que había pasado, le pregunté:

—¿Pero tú viste cómo el cobrador le levantaba el monedero a la vieja?

—¡Qué val Yo no vi nada...

—¿Entonces cómo lo denunciaste, cómo sabías que era él?

—Cuestión de sicología, de golpe de vista. En Venezuela conocí a un viejo espiritista que me enseñó a calar a los tipos nada más echarles la vista encima...

—Pero fue muy atrevido lo tuyo. Suponte que no hubiese sido el cobrador...

—Yo estaba seguro de que era él; no podía ser otro.

Me callé. Me callé y empecé a admirar a Fermin Fuentes; no por lo que me había dicho del golpe de vista, sino por su atrevimiento en la denuncia del cobrador, por su tranquilidad y la pachorra con que lo hizo.

—¿Y cuándo llegaste de Alemania? —reanudé la conversación mientras caminábamos por el bulevard Anspach, en dirección a Midi.

—Llegué ayer. No me preocupé en buscarte porque estaba seguro que te tropezaba.

—Caramba... Me estás resultando una especie de medio zahorí.

—Y lo soy. ¿Quién te ha dicho que yo, cuando quiero, no adivino lo que quiero? Mira, en estos momentos estás pensando que te gustaría hablar largo y tendido conmigo...

En un rincón del fondo de un bar apagadizo Fermin Fuentes y yo hablamos «largo y tendido». Hablamos, sobre todo él, hasta el agotamiento. Entre las cosas que me contó de su vida y andanzas por América, reproduzco lo que creo más interesante, aunque nada

de lo que dijo a todo lo largo de la conversación tiene desperdicio.

Al preguntarle cómo había llegado a Venezuela y por qué se encontraba en Europa, se explayó, haciendo alarde de elocuente narrador. En ningún momento me dejó interrumpirle. Buen bebedor de cerveza, sus pausas eran para apurar unos tragos, o para reirse de vez en cuando a carcajadas que hacían ponerse muy serio al patrón del bar, quien nos miraba desconfiado, de reojo, torciendo la pupila.

A grandes rasgos, he aquí su vida de emigrante, contada por él mismo.

—«Eramos siete hermanos allá en la isla —comenzó en tono lento y con aquella pronunciación característica del canario americanizado—, tres varones y cuatro hembras... Mi padre había muerto arruinado, pues se empeñó en que si nos dejaba algo los hermanos nos peleáramos por la herencia. Mi padre tenía fincas y casas y lo fue vendiendo todo y gastándose todo, cumpliendo así su palabra de no dejarnos una perra chica al morir. Yo no sé si tenía razón o no... Lo cierto es que hoy todos los hermanos nos llevamos bien, y tú sabes que hay muchos hermanos que ni se hablan siquiera por eso de que si el padre le dejó más a uno que al otro... En fin, que estábamos pasándonos mal trabajando descontroladamente los machos donde pudiéramos y las mujeres al cuidado del hogar, pues mi padre nunca quiso que sus hijas hicieran nada fuera de la casa, y nosotros tampoco... Hasta que llegaron los años calamitosos, aquellos años de escasez y miseria allá por el cincuenta, cuando todavía en las islas no había mitigado el hambre la leche en polvo americana. Mi hermano Juan era el único que trabajaba fijo, y Manuel, el

segundo, y yo, andábamos a «salto de mata», trabajando donde pudiéramos tres días aquí y dos allí, siempre de peones, esclavizados, explotados... Entonces fue cuando yo me sublevé contra mi propia circunstancia y la de mis hermanas, que querían lanzarse a la calle a trabajar donde fuera para aplacar el hambre. Este era el panorama familiar y el mismo panorama se extendía por todo el ámbito laboral del archipiélago, y yo no me conformaba. Armándome de los arrestos que empujan a veces al hombre a tomar decisiones tajantes, una noche reuní a todos los hermanos y les expliqué mis propósitos; les dije: En esta casa jamás trabajaron las mujeres a las órdenes de nadie y mientras tengamos salud los hombres, no lo harán. Yo he pensado que lo mejor es que me vaya a América, a Venezuela. De allá les mandaré el dinero suficiente para vivir como siempre lo hicimos en vida de nuestro padre, o sea sin que las mujeres tengan que ganarse el sustento saliendo a la calle a trabajar»...

«A los tres días me encontraba navegando en un viejo velero rumbo a América. Ibamos sesenta hombres y una mujer. La mujer era la esposa de uno al que no se le ocurrió nada mejor que llevarla con él. No quiero contarte las cosas que sucedieron durante los cuarenta días de navegación a causa de la mujer. Casi matan al marido y casi la matan a ella... Todos querían «abusarla». Y gracias que el marido, como buen isleño bastante desconfiado, tuvo la precaución de llevar un revólver. Viejo y antiguo era el revólver, todo destartado que yo no sé si acaso funcionaba, pero gracias a él pudo el fulano mantener a raya a aquellos más exaltados que a toda costa querían trompicarla... a la mujer. Pero bueno, este es otro asunto. Como te decía, habíamos

salido de una playa de Las Palmas sin pasaporte ni documentación alguna, clandestinamente. Otros ya lo habían hecho en pesqueros más viejos y más pequeños y todos había llegado a Venezuela. Lo que pasamos en la travesía no es para narrarlo. Se nos acabaron los viveres y gracias a un barco japonés que nos tropezó en ruta y nos dio algo. Después tuvimos que racionar el agua. Más tarde se nos rompió el palo del velamen, que al fin pudimos arreglar; y por último, cuando el barco empezó a hacer agua por un costado y no descansábamos achicando, tuvimos la suerte de avistar tierra. Eran las costas venezolanas. Estábamos salvados»...

Aquí Fermín Fuentes suspendió el relato para echar unos tragos, miró al patrón del bar no de muy buena manera, largó una gran carcajada y continuó:

«Al acercarnos a la Guaira nos salió al encuentro una falúa con policías. Casi de remolque entramos en el puerto. Allí nos rebuscaron, nos controlaron, nos inscribieron seguramente en la lista de extranjeros refugiados y, sin más requisitos, nos dejaron ir a cada uno donde quisiéramos. Al patrón y al negociante de la expedición (nos cobraron por cabeza tres mil pesetas) creo que los detuvieron, y el barco quedó fondeado en la bahía para que allí se pudriera, como había sucedido con otros llegados anteriormente. Yo, con dos más, uno de la Gómera y otro de Lanzarote, me puse enseguida camino de Caracas. Extendida bajo un sol caliginoso se respiraba en la ciudad el ímpetu de un pueblo joven, laborioso, lleno de energías y lleno de afán de lucha por el medro personal y... la expansión económica de la nación entera. Este afán y esta lucha la manifestaban, más que los nativos, los miles de emigrantes que de Europa llegaban



a la República en busca del «vellocino de oro», sobre todo portugueses, italianos y españoles»...

Otro trago de cerveza y otra estentórea carcajada con el consiguiente respingo de ojos del patrón del bar, y Fermín Fuentes prosigue el relato:

«Nos costó mucho encontrar trabajo, y pasamos hambre. Nos habíamos creído que enseguida conseguíamos donde ganar dinero y estábamos equivocados. Había muchos extranjeros sin ocupación, ofreciéndose algunos por la comida. No era tan fácil América como nos habían dicho... Yo, al fin, valiéndome de un lejano pariente que llevaba en Venezuela varios años, logré entrar de peón en una fábrica de cemento, donde me aguanté unos tres meses y así pude enviarle algún dinero a mis hermanas y reunir para el viaje y el equipo de «buscador de diamantes». Me había contado un austriaco, que era una especie de «adivino» o presumía de serlo, que muchos extranjeros habían hecho fortuna en las cuencas del Orinoco buscando diamantes y allá me fui, cansado de la malsana vida de peón del cemento en Caracas. Río arriba unas veces caminando y otras sobre arcaicas canoas hechas de troncos de árboles y según las indicaciones de «los indios buenos», a la semana de incontables contratiempos y sobresaltos, al fin llegamos al lugar que decían «rico en diamantes»... Allí se encontraba un centenar de hombres de las más diversas nacionalidades, abundando los italianos. Yo llegué con dos griegos y un albanés a los que me había encontrado en ruta, haciendo el viaje juntos. Pregunté si había algún español por aquellos parajes y me dijeron que sí, pero que se hallaban a un kilómetro más arriba siguiendo la margen izquierda del río. Solo, reanudé la marcha hasta dar con ellos. En total eran siete: dos extremeños,

dos catalanes, un gallego, un asturiano y un vasco. Peludos, sucios, algunos cubiertos de verdaderos harapos y con unas barbas enormes, aquellos hombres no parecían hombres, más bien bestias endemoniadas que escarbaban y cernían las arenas fangosas que arrastraba el río... No quiero contarte lo que allí pasé. Al mes era yo uno más entre aquellos desesperados. Todo el día dale que te dale con la pala y el cedazo y por las noches envuelto de pies a cabeza en el saco por temor a la picada de la enorme araña negra y oyendo a todas horas los aullidos hondos de la selva... Era para volverse loco. Todos estaban medios locos. El ansia por encontrar unos diamantes y convertirse en hombres ricos de la noche a la mañana los tenía ciegos, enajenados. Traté de convencerlos de la inutilidad de tanto sacrificio y no me hicieron caso. Al fin, cuando decidí abandonar la lucha y retornar a Caracas maldiciendo del austriaco y de todos los que me habían metido en la cabeza la estúpida aventura, al momento de despedirme uno de los extremeños empezó a dar unos gritos enormes y a llorar... Lloraba como un chiquillo. Quería venirse conmigo; pero los otros comenzaron a insultarlo diciéndole que era un cobarde y un guanajo y allí se quedó... Me volví solo, pues, y en todo el largo y penoso viaje no hice sino pensar en aquellos compatriotas que allá había dejado convertidos en bestias... Y comprendí entonces el inmenso valor que para algunos mortales guarda el dinero. Aquellos españoles dejaban allí cacho a cacho sus vidas a cambio de la ilusión de verse un día ricos. Terrible y maldito poder, el del dinero... Otros matan al prójimo por dinero; aquellos que dejé en el río se mataban lentamente y voluntariamente a sí mismos, por dinero».

Iba mi amigo a proseguir su relato después de una ligera pausa para coger resuello, cuando un gran alboroto se armó en el bar. El patrón, como una fiera, gritaba y agarraba por el pezcuezo a un individuo tratando de llevarlo hasta la puerta. Este protestaba y se resistía a salir, pero al fin, ayudado por el camarero, entre los dos pusieron al marroquí en la calle.

—Es cuestión de salirnos de aquí inmediatamente —dijo Fermín levantándose y llamando al camarero—. Seguramente el mahometano no ha hecho nada malo. Lo que pasa es que el patrón es un racista perdido. Desde que entramos me di cuenta.

Tenía razón mi amigo, pues al atravesar el bar para salir, el patrón no nos quitó la vista de encima, los ojos inyectados en rojo y pronunciando frases sueltas ininteligibles que sin duda eran insultos a nuestra calidad de extranjeros. Quise decirle algo, pero Fermín me atajó.

—Déjalo —dijo—, no vale la pena, es un pobre hombre, un fragilón.

En la calle hacía frío. Como era bastante tarde y yo tenía que madrugar, nos despedimos, conviniendo vernos al siguiente día después de mi trabajo.

En el bar español donde nos citamos estaba Fermín Fuentes esperándome.

—Se me han adelantado los acontecimientos —dijo en cuanto me vio—. Creía que no fuera tan pronto, pero salgo dentro de unas horas. Me hubiera gustado seguir unos días más en Bruselas... Este país me agrada. Parece que es distinto a los otros, distinto a Alemania sobre todo, y que los españoles viven acá mejor...

—Sí, sin duda —repuse yo algo sorprendido por la noticia inesperada de su marcha—, sin duda los obreros españoles nos encontramos mejor aquí que en Alema-

nia, y que en Suiza y en Holanda... Los belgas son más afines a nosotros, y nos comprenden mejor. Aquí, a pesar de ciertos focos de xenofobia, los emigrantes españoles estamos bien considerados, se nos dan facilidades, se nos ayuda...

Como en el bar hacía bastante ruido y unos andaluces que acupaban una mesa próxima daban muestras con sus gestos y palmadas de querer «arrancar por flamenco», pensamos que lo mejor era echarnos fuera y así lo hicimos. Paseando por las calles vecinas a la Estación de Midí, tan españolas, Fermín Fuentes reanudó el relato interrumpido la noche anterior.

—Pues sí —dijo—, el dinero... el dinero ha sido siempre la causa y el origen de los males del hombre, la desgracia de los hombres. Como te contaba ayer, al regresar de mi aventura en el alto Orinoco me esforcé en Caracas por conseguir una ocupación que me diera para vivir y mandar algo a mis hermanas. Dos años luché. Dos años enteros me pasé trabajando lamentablemente en los más diversos oficios sin que mi cartera cambiara de su estado habitual, es decir, e scurrída. Como yo, miles de españoles fracasados renegaban de América, y no pocos fueron los que se volvieron a España repatriados... Otros se habían dedicado a negocios sucios y a la delincuencia, parando muchos en la cárcel. Sí... el dinero, el afán de posesión y de riqueza vuelve locos a veces a los humanos y éstos cometen grandes disparates, hasta llegar a matar, hasta llegar a matarse... En Venezuela y en Méjico donde estuve después tres años, y en Alemania donde he pasado cuatro, en todos sitios he visto a los hombres matarse, por el maldito metal, unos perdiendo la salud en los trabajos más duros, otros suicidándose al ser sorprendidos en el robo...

Por eso yo, que no aspiro ya sino a volver a mi tierra cuanto antes, y que jamás lo haré sin la cartera bien repleta, me voy a jugar la última carta, la que me queda, después de tanta calamidad en América y aquí... Como no sirvo para robar y como no quiero irme dejando morir a cachos en la mina ni en la fábrica de fundición donde aguanté tres años en Alemania, prefiero morir de golpe y... y por eso me voy al Congo. Esta noche salgo para allá. Me voy de mercenario ganando cincuenta mil pesetas al mes. Si la cosa dura un par de años y escapo, Fermín Fuentes vuelve a Canarias hecho un hombre, con más de un millón en el bolsillo. Si los «simbas», que así se llaman los negros con los que vamos a luchar, me tumban, mala suerte, todos tenemos que morir un día. Ahora, si escapo, de más de uno en Canarias me voy a reír yo... Si... ¡sí! —empezó de repente a gritar— ¡de más de uno me reiré, tantos como de mí se han reído, tantos como me han explotado...!

Sin darme cuenta casi, en un taxi que pasaba junto a nosotros Fermín Fuentes se escabulló dentro y desapareció, sin despedirse, sin decirme adiós, sin estrecharme la mano.

¡Estará, después de los años que han pasado, en Canarias riéndose de «más de uno», o yace enterrado en cualquier lugar del negro Congo inmenso? Me gustaría saberlo...



## ¿POR QUÉ ABAJO Y NO ARRIBA?

—¿Acepta usted por esposo a Roger Coenraets?...  
¿Acepta usted por esposa a Feliciano Rodríguez...?

El *Sí* de los contrayentes resonó sonoro en la sacristía donde yo me había quedado hablando con el sacristán. El sacristán era uno de esos tipos parlanchines que hay y me tenía allí retenido, contándome cuentos de brujas, demonios y aparecidos.

Fuimos a festejar la boda a un bar flamenco cercano a la Gran Plaza. La cerveza corrió a cántaros. Bebimos, cantamos y bailamos todo lo que quisimos y al filo de la medianoche nos despedimos de la feliz pareja que a Ostende se iba a gozar de las delicias inéditas del matrimonio. La «luna de miel»... Dormir juntos abrazados y despertarse juntos abrazados, respirándose, palpándose...

Bonito. Bonito es sin duda el matrimonio en esos instantes primeros en que hombre y mujer se entregan a la tarea escudriñadora de descubrirse el misterio que cada uno sospecha en el otro. Bonito... Bonito es a veces desnudarse el alma a través del cuerpo ansioso de otro cuerpo. Sí, bonito es el amor, bonito el matrimonio, bonita la vida...

Roger y Feliciano se habían conocido unos meses antes de celebrar sus bodas, por lo civil y por lo religioso. Fue el azar quien los hizo «cruzarse en el camino». Si en la casa donde trabajaba Feliciano como sir-

vienta no se rompe la tubería del agua, con toda seguridad que el fontanero Roger no conoce a la española morena que debió servirle como ayudante en los trabajos de reparación. Necesitando alguien que mantuviera el tubo de metal por el otro lado, el fontanero lo comunicó a la señora de la casa y ésta llamó a su sirvienta, a Feliciano. Cuando Roger vio aparecer a la española en la habitación, tan morena y pequeña y con aquellos ojos negros tan grandes, casi se viene al suelo del taburete donde se encontraba encaramado. Bastaron las dos horas que duró la operación para que el fontanero, aquel hombre tan alto y corpulento, no pudiera ya vivir sin pensar a cada instante en la española diminuta, menuda, casi enana. El belga Roger medía 1'95 de estatura; la española Feliciano 1'45 escasos. Del peso no hablemos...

Por eso yo, cuando la pareja partió para Ostende la noche del desposorio, pensé para mí, sin malicia ninguna: «¿Pero cómo se las va a arreglar ese hombre tan aumentado con esa mujer tan disminuida? ¿Será posible que puedan entenderse? Pobre... pobre españolita».

Ni por milagro podía sospecharme yo en aquellos instantes los acontecimientos de los que sería testigo en los días a venir. Pobre españolita, sí, no estaba equivocado; pero también pobre belga, pobre hombre.

Al regresar de su «viaje de novios» a la costa flamenca, por un lejano pariente de Feliciano me enteré que el matrimonio se había instalado en Evere, ese sector de Bruselas que conduce al aeropuerto y en el que se halla ubicado el cementerio donde tantos huesos españoles se pudren bajo la tierra honda. La primera vez que fui a este cementerio todo verdor y pulcritud, a enterrar a un joven asturiano que se había suicidado, me



sobrecogió la enorme profundidad del hoyo. Me acordé del cementerio de mi pueblo. En el cementerio de mi pueblo no hay un solo árbol; únicamente hierbas y alguna que otra flor artificial, y allí a los cadáveres los dejábamos como acostados a flor de tierra. En el cementerio de mi pueblo, en aquel trozo de tierra de mi pueblo tan cercano al mar y sobre el que las gaviotas al atardecer y los sarapicos vuelan rozando las tapias, los muertos no parecen estar tan muertos, no pasan frío, los rayos del sol calentando siempre a flor de tierra las calaveras... En el cementerio de Evere, si acaso llega a los esqueletos tan «profundamente acostados» es el agua de las perennes lluvias y deshielos. Aunque nunca he estado muerto ni enterrado, a mí siempre me ha parecido que es mucho mejor el calor que el frío, que los huesos prefieren la tierra seca, asocada. Me da la impresión que al resguardo del frío los difuntos no se sienten tan difuntos...

En el barrio de Evere Roger y Feliciana habían arrendado un bar, que regentaba ella, liberándose así de los ínfimos menesteres de «chacha» contratada. Roger prefirió seguir en su oficio de fontanero, siempre bien remunerado.

Tiró el matrimonio bien durante varios meses. Ella atendía al bar por el día, y cuando él regresaba del trabajo ayudaba a su esposa, hasta la hora del cierre, que solía ser después de tumbada la medianoche. Y como el negocio pronto empezó a marchar «viento en popa», el belga lo calculó bien y un día decidió dejar su empleo para dedicarse de lleno al bar.

Simpática, atractiva a pesar de su grácil figura, de su endeble cuerpo flaco, casi esmirriado, Feliciana sabía atender a las gentes, abarrotándose a veces el bar de

hombres y mujeres que bebían cerveza «a gogó» y bailaban hasta la completa extenuación.

Bar mixto belga-español por sus dueños, la clientela también era mixta, aventajando los belgas en número a los españoles. Yo, naturalmente, por la amistad que me unía al matrimonio, frecuentaba regularmente el bar. Me daba alegría que Feliciano fuera feliz, o se sintiera feliz. Ella se lo merecía. Desde que la conocí años atrás siempre me pareció una buena muchacha, prudente, inteligente hasta el punto en que pueda serlo cualquier mujer de la baja como de la alta sociedad. Feliciano era sensible, delicada, apasionada a veces en lo tocante a ciertos aspectos sentimentales y exagerada en sus reacciones violentas cuando ella creía o sospechaba ser rebajada por alguien en su condición de mujer. Por eso no reparó una noche en romperle la cabeza de un botellazo a un español que le faltó el respeto. El ibérico estaba algo tomado y por lo visto «se fue de la lengua». Se empeñó en que Feliciano tenía que bailar con él la rumba «igual que lo hacía con los belgas, meneando las caderas hacia adelante como las mulatas cubanas». Pronunciada la frase, sin abrir su boca ni chistar Feliciano respondió con un inesperado golpe de culo de botella sobre la cabeza de su compatriota, abriéndosela en dos. Roger, que estaba ausente en aquel momento, al enterarse de lo sucedido en vez de aprobar el gesto de su mujer lo que hizo fue recriminarla. A partir de entonces empezó el matrimonio a ir de mal en peor.

Como el negocio es el negocio y como había que atender y entretener a los clientes y a las clientas en sus gustos y caprichos, tanto Roger como Feliciano se veían obligados a tomarse sus copitas, aceptando siem-

pre la generosa invitación. Y, naturalmente, al aceptar la copa no podían rehusar la danza. Roger bailaba con una belga o una española; Feliciano con un español o un belga... La nacionalidad no significaba nada, era lo mismo.

Yo estoy seguro que Feliciano y Roger hubiesen sido dichosos en su matrimonio si no se les mete en la cabeza la idea del bar. Los bares en Bruselas y en otras capitales sin ser Bruselas ya se sabe cómo son. Los bares han sido y serán siempre en todos sitios lugar y motivo de muchas separaciones, de muchas rupturas conyugales, de muchas fugas, de muchas cornamentas.

Lo más que a mí me sorprendió fue la tremenda transformación de Roger. Aquel hombre trabajador, serio, austero hasta la exageración, a los pocos meses se había convertido en un borracho, y con el tiempo en un reverendo crápula, al decir de la propia Feliciano. Esta, en cambio, se mantuvo digna hasta que ya no pudo más. Empezó también a beber, y cuando bebía parece que la mujer se sentía algo débil frente a las constantes incitaciones al amor. No obstante, y aunque su marido un día me afirmara en un gesto confidencial que ella le había sido infiel en dos ocasiones, nunca de cierto se supo nada. Yo soy de los que creen que la española menuda y flacucha, casi esmirriada pero enormemente atractiva, nunca pasó del simple flirteo, de la simple aceptación de alguna que otra furtiva caricia por parte de los que constantemente la asediaban con sus solicitudes amorosas. Ella bailaba y alternaba con los clientes, pero de eso a llegar a acostarse con otro que no fuera su marido va un trecho muy largo.

No sé cómo, no sé si por mis barbas o mis canas, lo cierto es que sin darme cuenta me convertí en confiden-

te de los dos. Ambos recurrían a mí cuando después de un enfado uno de ellos buscaba la reconciliación. Fue Feliciano quien primero se prestó a la íntima confianza. Encontrándome una tarde solo en el bar, con aquella su infantil gracia tan femenina se sentó a mi lado y, titubeando, me dijo que se sentía desgraciada.

—No podré seguir así —me habló y su voz era casi susurrante—. No puedo soportar que Roger me engañe con una belga gorda que conoció aquí en el bar. El lo niega, pero yo estoy segura que cuando dice que va a Namur a ver a su hermana enferma es para estar con la gorda. Y luego después lo gracioso es que es celocísimo. Cuando yo bailo con alguien por compromiso o porque tengo ganas de bailar, si el fulano me aprieta un poco cariñosamente o junta su cara a la mía, después por las noches me mortifica y me insulta diciéndome que soy «una fulana». Sin embargo yo, que sé lo de la gorda, me lo callo, me lo muerdo y remuerdo...

Días más tarde me encontré a Roger en la calle. Iba al Ayuntamiento a resolver algo importante referente al bar. En cuanto me vio dejó lo del Ayuntamiento y se olvidó del bar para hablar conmigo. A su invitación entramos en el primer «bistrot» a nuestro paso, y allí el hombre desembuchó:

—Sé —empezó— que tú tienes cierta ascendencia sobre mi mujer. Sé que ella te estima y si tú quieres puedes hacerla cambiar, hacer que se comporte como una mujer de su casa, cumplidora de sus deberes como esposa en el hogar y... en el matrimonio. Yo no le impido que se tome sus cervezas y que baile algún pasodoble andaluz con sus compatriotas. Me jeringa que baile con los belgas... Y me jeringa que tenga consentido a más de uno, a muchos que no se separan del

«comptoir» mientras ella está allí. Y me jeringa más todavía, y por eso se aumentan mis sospechas, que muchas noches en la cama no quiere que la toque ni con un dedo. Como tú comprenderás, yo sigo enamorado de mi mujer. Si ella lo quisiera podríamos ser felices...

Ya no podían ser felices. Se les había hecho tarde. Tanto Roger como Feliciana se habían dejado arrastrar por la vida disipada y frívola. No podían echar marcha atrás. El abuso del alcohol, las juergas prolongadas a veces hasta el alba les había embotado la sensibilidad, los había arruinado moralmente. Y mis sospechas se confirmaron cuando una mañana temprano vino Feliciana a la «mansarde» donde yo habitaba. Venía agitada, el rostro descompuesto, la mirada sin luz y como ausente.

—Se droga —me dijo nada más entrar—. Se droga y lo malo no es eso, sino que tanto y tanto se empeñó que anoche me hizo a mí drogarme también. Fue terrible. Esa marihuana es terrible, creo que me volví loca, completamente loca del todo. Estoy horrorizada de lo que hice. Ya en adelante no podré vivir en paz conmigo misma. Ya no podré considerarme persona, sino bestia, peor que una bestia...

No supe qué decirle. Me esforcé por alcanzar toda la amplitud de la tragedia y no supe qué decirle, no encontraba palabras adecuadas ni argumentos. Y en mi mente se agarró la certeza de que difícilmente habría ya salvación para aquellos amigos derrumbados, atrapados por el vicio.

Por la noche me fui al bar y, llamando a Roger aparte, con mucha prudencia le hice ver el peligro que tanto para él como para su mujer implicaba el uso de los estupefacientes. Le dije que estaban destrozando

sus vidas, que era un crimen lo que estaban cometiendo y que él, como hombre, era el verdadero culpable al inducir a su esposa al vicio nefando...

Como no oyéndome o simulando no oirme, me cortó:

—La marihuana no es tan mala, amigo mío —dijo—. Es mala para los espíritus débiles, para los incapaces, para los organismos empobrecidos incapaces de vibrar a los acordes de la hierba mágica...

Me di cuenta de que estaba marihuanado y le dije que tenía que irme, que en otra ocasión hablaríamos.

—No, espera —me retuvo agarrándome por un brazo con sus manos de hierro—. Tú, como tantos otros, estás todos equivocados conmigo. Yo no tengo la culpa de nada. Yo soy víctima. Yo soy una víctima más del amor. Como me parece haberte dicho yo me casé enamorado profundamente de Feliciano. Pero ella... Ella nunca respondió a mi amor, al mío, a como yo soy... Esto al fin ha sido posible gracias al poder de la divina hierba mágica. Anoche...

—Sí, ya sé lo que pasó anoche —repuse—. Anoche la asesinaste.

—¿Asesinarla dices? Resucitarla dirás. Compruébalo tú mismo por tus propios ojos. Vete a su habitación y la verás contenta, saboreando «el cigarrillo» que ya esta tarde me rogó que le diera. Ahora sí que está vencida. Al fin la tengo entregada, sumisa a mi voluntad...

Increíble... No quería creer lo que estaba oyendo. Pero era verdad. Feliciano en aquellos instantes bajaba las escaleras y penetraba en el bar. Llegó radiante, brillándole en los ojos una luz intensa de ilusión. Acercándose al artefacto de la música puso un disco y se juntó a nosotros.

—Oigan mi canción, la canción mía preferida —dijo sentándose a nuestro lado.

Y mientras se agazapaba como una gata felinamente debajo del chaquetón de lana de Roger y le hablaba al oído, sin salir de mi asombro haciéndome el indiferente me puse a escuchar la canción, francesa. Decía la francesa canción: «Il faut s'enivrer... s'enivrer toujours de poésie, du vin, d'amour...». (Es necesario emborracharse... emborracharse siempre de poesía, de vino, de amor).

Allí los dejé. El bar empezó a llenarse de gente, como todas las noches, y yo me fui a mi buhardilla. Tenía que levantarme de madrugada y me acosté pronto. Pero el sueño no me llegaba, ideas macabras y presentimientos invadían mi mente y no me dejaban dormir. Aunque nunca fui supersticioso y no he creído en malos presagios ni brujerías ni demonios, aquella noche sin duda mis nervios fueron sacudidos por una especie de comunicación telepática. Arrepentido de no poder pegar un ojo, maquinalmente me levanté, me enfundé en el capote y salí a la calle. Hacía frío en la calle. Y el frío me empujaba a caminar de prisa sin saber a donde ir en aquella hora incierta cercana al alba. De Ixelles a Evere son unos cuantos kilómetros y yo los caminé sin saber hacia donde caminaba. Tuve conciencia de mí mismo al encontrarme de repente a pocos pasos del bar «El Cocodrilo», nombre que jocosamente le habían puesto Roger y Feliciano. No reparé de momento en dos coches de la policía y una ambulancia estacionados frente al bar. Me di cuenta cuando al aproximarme uno de los policías apostado en la puerta me interrumpió el paso diciéndome que no se podía entrar, que se había cometido un crimen.

No necesita el lector ser muy sagaz para adivinar enseguida lo que había pasado. Estoy seguro que el lec-

tor, como yo en aquellos momentos, está pensando que Roger, en un arrebato de celos y locura, mató a Felicianana...

Pues no fue así. Fue lo contrario. Fue que Felicianana mató a Roger, por celos y por locura.

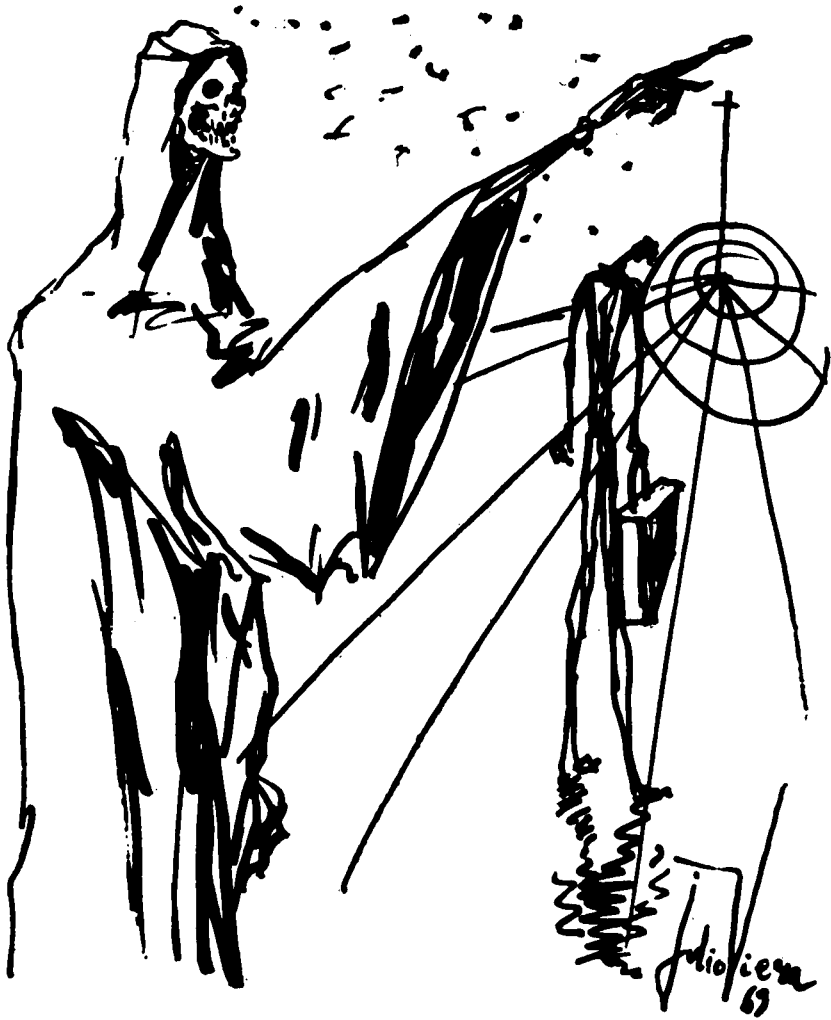
Y la tragedia culminó instantes después, cuando los policías fueron a esposar a la española asesina para llevársela. Al instante mismo de colocarle los grilletos en las morenas, delicadas muñecas, cayó muerta. Se había envenenado.

Al entierro de Felicianana y Roger fuimos muchos españoles y muchos belgas. A través de las largas «avenidas» llenas de árboles del cementerio de Evere yo cargué a ratos los dos cajones. Sin exagerar puedo decir que el cajón del hombre pesaba tres veces más que el cajón de la mujer...

En la enorme zanja profunda colocaron primero a Felicianana y encima, separadas las tablas por una cuarta escasa de tierra, a Roger. ¿Por qué? A mí me hubiese gustado más que colocaran al fondo al belga. Me parecía más justo. Lo más pesado primero. Pero no fue así. ¿Por qué?

Después de los años transcurridos todavía me lo sigo preguntando...





## LA ENFERMEDAD DE RUPERTO AGUILAR

La emigración, según yo la he vivido, presenta dos caras, dos aspectos contrapuestos: uno serio, duro, a veces trágico y doliente como puede serlo cualquier drama humano antiguo o moderno explicado en novela, pieza teatral o folletón; y otro divertido, alegre, incluso grotesco con todos los colores de una comedia banal o un film charlotesco. Ambos aspectos los habrá podido apreciar el lector en estos relatos que he querido dar a la luz pública en un afán exclusivo de valorar y enaltecer la condición del emigrante. Cuando presento un individuo y lo describo quizás acentuando los rasgos de ingenuidad y el medio en que su vida deriva, no es mi intención ridiculizar a nadie ni hacer gracia. Si puede acusárseme de algo tal vez sea el querer humorizar ciertas realidades y situaciones que tomadas «a lo serio» con seguridad resultarían revestidas de una sensiblería y una fñoñez dignas de cualquier novela de concurso premiada y sin premio, producto de librería que tanto abunda hoy en España.

Siguiendo la pauta hasta aquí mantenida, ahí va esta última narración; la última, por lo menos, entre las que he querido recoger en este librito.

Ruperto Aguilar está enfermo. Ruperto Aguilar, como tantos españoles lleno de inquietud y deseosos de mejorar las condiciones de vida mínima allá en el pueblo, un día preparó su maleta de tablas de cajón de ve-

las, se metió en el tren y desapareció, llegando a Suiza primero, a Alemania después y por último a Bélgica.

Ruperto Aguilar está enfermo pero su enfermedad no es real, no proviene de ningún mal físico, sino que en su andar por Europa durante años y en su pensar constante sobre temas tan delicados como son «la vida, el hombre, la muerte» y otros de menos cuantía, la mente ha empezado a fallarle, la moral a resquebrajarse... Hablando con él, quien no lo conoce y aún quién lo conoce, generalmente no aprecia ningún sintoma de enajenación. Sus charlas son normales y su conversación, siempre amena, no dejan entrever la tragedia de un hombre que se acaba. Y lo terrible es que él lo sabe. El se da cuenta de que en su alma, o mejor en su cerebro, toda ilusión se le ha ido, que la moral totalmente se le ha caído al suelo y que ya, después de todo lo pasado y de tanto esfuerzo no es capaz de sobreponerse a nada.

A poco de conocer a Ruperto Aguilar yo me percaté de la crisis moral por la que atravesaba, y más tarde, según nuestra amistad fue afianzándose le aconsejé que consultara primero con un médico, un neurólogo, y después con un religioso, un confesor. No me hizo caso. Me dijo:

—Mi mal no tiene remedio. Ni médicos ni curas me servirán de nada. Yo he perdido la fe, y un hombre sin fe es un cadáver...

En mi intento de ayuda a un compatriota, procuraba yo todos los días estar con él un rato, entablar conversaciones alegres, distraerlo. Muchas fueron nuestras charlas. Muchas fueron las horas que pasamos juntos hablando de todo, de todo lo bueno y lo malo que en el mundo y en la vida hay. A través de algunas de estas conversaciones el lector podrá apreciar al hombre,

podrá perfilar su personalidad, hacerse cargo de quien ha sido y es Ruperto Aguilar. Y digo es porque supongo que aún viva, que aún esté vivo en algún lugar de la tierra, quizás en una de las repúblicas africanas o en alguna isla perdida de Oceanía, a cuestras siempre con sus ideas fatalistas, con su moral rota, con su enfermedad...

Reproduzco seguidamente un par de nuestras charlas y ustedes por sí mismos podrán juzgar.

—Yo creo, amigo Ruperto —inicio yo la conversación una tarde cualquiera de las tantas que pasamos juntos—, yo creo que tú no debiste salir de tu pueblo ni salir de España. Seguramente si te hubieses quedado allá no tendrías hoy esas ideas macabras y esas opiniones derrotistas sobre la humanidad, sobre la sociedad...

—Me haces gracia... A veces me haces mucha gracia —responde Ruperto reposadamente repitiendo las palabras y aquel gesto tan característico en él de rascarse a intervalos una oreja—. ¿Cómo no iba a salir de un pueblo donde el señoritismo y la presunción imperaban y los pobres, los que no habíamos heredado o no habíamos «amasado algo» comerciando y estraperleando éramos considerados poco menos que como seres inútiles, para algunos incluso como babiecas?..

—Es decir, que en tu pueblo por lo visto el que no tenía «su fortunita» era un tolete, no significaba nada en la sociedad.

—¡Sí! ¡Así mismo era, como lo dices! Era así allá por el año 56 cuando yo arranqué. Y me supongo que no habrá variado la cosa mucho, a pesar del cambio y la prosperidad que en este tiempo se ha experimentado, según tengo entendido. Eran los potentados, los privilegiados, los ricos... a los que yo no podía ver con sus

poses de fantoches engreídos y arrogancias. Tenía que marcharme, estaba asqueado de verlos, no podía soportarlo...

—En todos sitios, amigo Ruperto, aquí mismo sin ir más lejos, hay tipos antipáticos que a uno le jeringa verlos... Si vamos a eso no podríamos entonces vivir en ningún lugar de la tierra.

—Ya lo sé. Y por eso yo ando de un país a otro y procuro siempre vivir encerrado, acorralado en mi habitación a todas horas. Desde que salgo del trabajo me refugio aquí, en estas cuatro paredes, sin querer saber nada de las pasiones y egoismos de la calle.

—Y eso es lo que te está aniquilando. El hombre es un «animal social», tiene que vivir en sociedad y aguantar lo malo que puedas ver gozando al mismo tiempo de la otra parte buena que la sociedad tiene, que toda sociedad humana siempre guarda, a pesar de todo...

Una sonrisa un tanto sardónica se dibuja en el rostro de mi amigo al escuchar mi perorata. Reclinándose hacia atrás en su viejo sillón destartalado, siempre con su sonrisa entre cinica y diabólica a flor de labio, empezó:

—Mira... cuando salí de España yo creía todavía algo en eso que dices, en los hombres, en la sociedad. Al llegar a Suiza me fue fácil encontrar ocupación, pero el trabajo era penoso y bastante insano, por lo que decidí al poco tiempo cambiar de empleo. Efectivamente entré a trabajar en una fábrica donde no se sudaba tanto y se respiraba mejor, pero... dos suizos de cabeza oblicua que me mandaban en mi calidad de peón me hicieron la vida imposible. Me insultaban, como a los otros extranjeros, me zaherían, trataban a cada momento de ridiculizarme... Hasta que un día se me subió

el coraje de la sangre a la cabeza y me le tiré a uno al pescuezo. Resultado: quedé despedido y «fichado» para que no me admitieran en ninguna otra fábrica del país... Las pasé bastante mal entonces, al acabármeme el dinero. Ningún español, ningún compañero, ningún compatriota se ofreció desinteresadamente a ayudarme. No quiero acordarme del hambre que pasé, no quiero contarte aquel ambiente de envidias y rencillas entre nuestros compatriotas. Y me fui de Suiza a Alemania creyendo encontrar un mundo distinto, una sociedad distinta. Ingenuo de mí... En Hamburgo si no es por una vieja rumana que me encontró en la calle tiritando de frío y me llevó a su casa, allí «la palmo». Ha sido esta mujer la única persona durante los diez años que llevo expatriado en la que he visto un poco de esa humanidad de la que tú hablas. Los españoles, como aquí mismo ocurre y tú lo ves: a tirarse los trastos a la cabeza, a pelearse por si unos opinan de una manera y otros de otra... Y siempre la envidia.

—Bueno, sabemos que la envidia ha sido siempre un mal muy nuestro, muy español —le interrumpo—, pero los españoles tenemos también nuestras virtudes...

—Sí, si consideras una virtud el orgullo, de acuerdo. Pero el orgullo español, tan cantado por propios y extraños, ya no es aquel orgullo sano y viril de los pasados tiempos, sino vanidad, estúpida arrogancia.

—¿Y la hidalguía, la caballerosidad?

—Bobadas... La España hidalga y quijotesca hace siglos que feneció. Quitate de dudas: hoy el español no sirve para nada como hombre, como ser humano. Estamos cargados de defectos. No se necesita mucha perspicacia para captar en los ibéricos, celtibéricos o carpetovetónicos ese montón de cosas negativas que nos

definen: la baladronería y falsedad, que heredamos de los árabes; la arrogancia, la vanidad y la envidia, de los godos; y después la hipocresía, la adulonería y el «pelotilleo» que con la mezcla de otras sangres ha venido cuajando a través de los tiempos en el cuerpo social de la nación. No te quepa la menor duda: frente al futuro y frente a la historia los españoles no tenemos remedio. Seguiremos como hasta aquí enganchados al carro del progreso que empujan otras naciones, otras sociedades, otros hombres mejores...

—Pero al pueblo le queda el coraje, esa «furia española» tan usada en términos deportivos. Se ha visto en los últimos años después que empezó la emigración. La masa emigrante, esos millones de hombres que aquí en Europa como en América luchan ferozmente contra todos los contratiempos y calamidades que implica la expatriación, lo está diciendo a gritos...

Una mueca extrañamente escachada, casi parálitica, bañó el rostro de Ruperto Aguilar. Después largó la carcajada, una carcajada limpia y sonora como las notas de un clarinete. Y cuando se le fué apagando la risa, su cara alargada de pómulos aplastados se le tornó de un color verdinoso, como las aceitunas. Sospechando que se esforzaba por contener el desenfreno de sus nervios esquilados cambié la conversación y al rato me despedí, dejándolo apalancado sobre el viejo sillón, su compañero de ensueños y desesperaciones, como a veces decía.

Días más tarde, un sábado al oscurecer, volví a verlo. Como siempre, me invitó a café y hablamos de temas generales, comentando los sucesos recientes acaecidos en el seno de «la colonia»; la muerte inesperada de nuestro amigo el guitarrista, el rapto de una joven

compatriota, el paro en que se encontraban muchos españoles, la huida y desaparición del «Cebollo» abandonando a su familia, mujer y tres hijos... Y de repente me da la noticia:

—Seguramente es la última vez que nos vemos. Me voy mañana mismo. Mi decisión no tiene arrepentimiento...

No quise preguntarle a dónde se iba y por qué lo hacía. Pero a través de la conversación sospeché que su intención era marcharse lejos, muy lejos, a Africa quizás o tal vez a Oceanía.

—Pues sí... mañana me largo —continuó—. Ya estoy cansado de Europa y de los europeos.

—No querrás decir que te ha ido mal en Bélgica. Aquí has trabajado, has podido ahorrar algo y no te ha faltado «este ambiente español» que no existe en otro país de Europa...

—Déjate de ambientes ahora. Los ambientes son todos iguales como iguales son los bichos humanos en todas partes. Esta vez voy a tiro hecho. Esta vez me voy de largo... y ya nadie se reirá de mí, ni tú ni todos los otros que creen en la humanidad, en Dios y otras pantomimas.

Quise contestarle con algunos monosílabos pero no me dejó. Prosiguió, paseándose por la habitación como un mono enjaulado:

—Me iré lejos, sí, muy lejos a hacer vida animal, a vivir con animales, entre más salvajes y puros mejor. ¡Oh, quién hubiera nacido irracional! No hubiese pasado tantas torturas dudando en Dios, buscando al Dios... Convencido de que éste se extinguió hace tiempo, desde el instante mismo en que creó al hombre, ya no quiero ser hombre, hacer vida de hombre... Me voy con



los inocentes, con los irracionales, con los que no tienen culpa de nada...

Y se fue. No estoy seguro de que se fuera a algún lugar de Africa, a alguna isla escondida del Pacífico, pero lo cierto es que se fue, que desapareció para siempre.

¿Estaba realmente enfermo Ruperto Aguilar? ¿Enfermo del cerebro, de la mente? A veces me pongo a recordarlo y dudo de la real enfermedad.

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> . . . . .	5
<i>Justificación</i> . . . . .	11
<i>El pobre Tulavera</i> . . . . .	17
<i>El matrimonio de Galinda</i> . . . . .	23
<i>El malaventurado</i> . . . . .	31
<i>De doméstico a millonario</i> . . . . .	39
<i>Los dos amigos y la novia viuda.</i> . . . .	45
<i>Un hombre atrevido</i> . . . . .	51
<i>Las dos mujeres de Pepe Tartana</i> . . . .	57
<i>Así era Juan Picó</i> . . . . .	65
<i>El joven que quiso ser marinero</i> . . . .	71
<i>«El Cristo» apaleado</i> . . . . .	81
<i>Un hombre valiente</i> . . . . .	89
<i>El novillero que no llegó a diestro</i> . . .	103
<i>La casa y la tienda</i> . . . . .	109
<i>El canario y el millón</i> . . . . .	115
<i>¿Por qué abajo y no arriba?</i> . . . . .	131
<i>La enfermedad de Ruperto Aguilar</i>	143

***Se terminó de imprimir este libro  
en los Talleres de Pedro Lezcano  
el día 14 de Febrero de 1970.***

Obras publicadas del mismo autor:

*Diez Cuentos.*

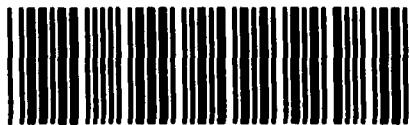
*El Puerto de la Luz.*

*Nosotros, los emigrantes.*

En preparación:

*Los Caciques.*

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



\*371985\*

**BIG 860-3 PER nos**